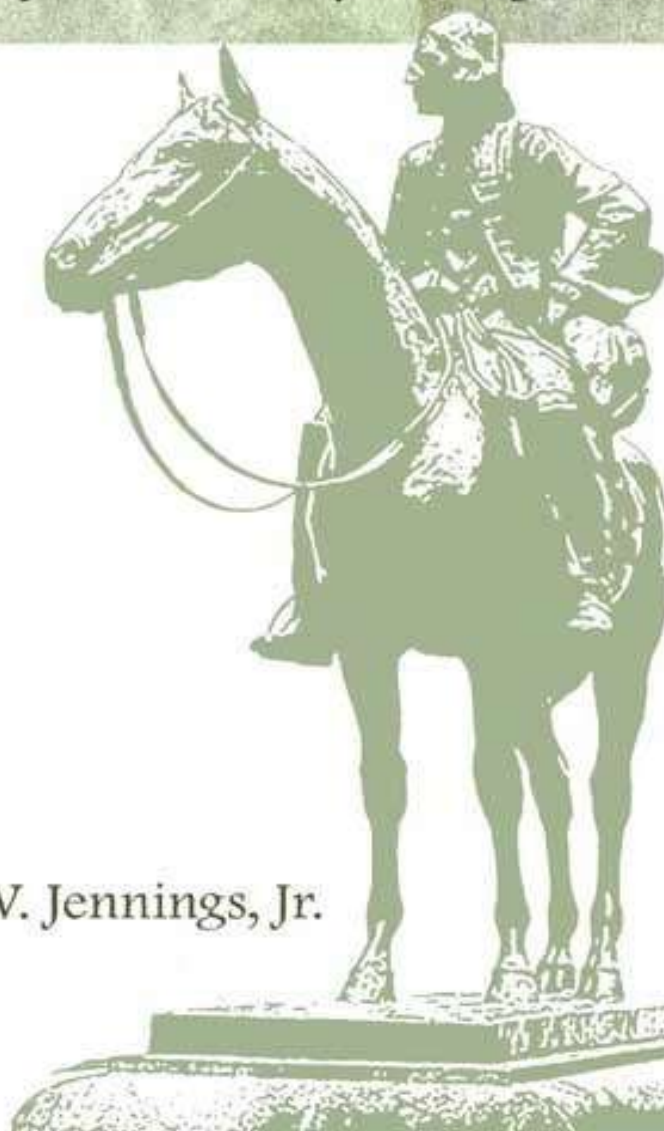


Santificación y Transformación social

(Desafíos para el pensamiento wesleyano del siglo XXI)



Theodore W. Jennings, Jr.



Theodore W. Jennings Jr.

**Santificación y transformación social
Desafíos para el pensamiento wesleyano
en el siglo XXI**



Jennings, Theodore

Santificación y transformación social, desafíos para el pensamiento wesleyano en el siglo XXI / Theodore Jennings ; coordinado por Licia López de Casenave ; ilustrado por Daniela López de Casenave ; con prólogo de Daniel Bruno. - 1a ed. - Buenos Aires : Centro Metodista de Estudios Wesleyanos, 2008. 96 p. ; 20x14 cm.

ISBN 978-987-24636-0-1

I. Iglesia Metodista. I. López de Casenave, Licia, coord. II. López de Casenave, Daniela, ilus. III. Bruno, Daniel, prólog. IV. Título. Pose, Claudio, Smith, Nora, Clausen, Arne, correctores
CDD 287.8

Prólogo: Pastor Daniel Bruno

Diseño y arte de tapa: Daniela López de Casenave
daniela@opcionestelmex.com.ar

Corrección: Pastor Claudio Pose
Pastor Arne Clausen
Lic. Nora Smith

Coordinación editorial: Licia López de Casenave
licia ldc@fibertel.com.ar

Edición: Primera. Septiembre 2008

ISBN: 978-987-24636-0-1

Lugar de edición: Buenos Aires, Argentina

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares.

Librería de la Iglesia Metodista
Av. Rivadavia 4044 3º piso, 1204 CABA
Te: (54-11) 4982-6288
Fax: (54-11) 4982-4474
Centrowesleyano@metodista.org.ar

Índice

A modo de presentación

Capítulo 1

La doctrina wesleyana de la santificación 15

Capítulo 2

La misión en clave wesleyana 33

Capítulo 3

La cosmovisión de Juan Wesley 47

Capítulo 4

Desafíos para la teología wesleyana 61

Capítulo 5

Principios bíblicos y wesleyanos para la
justicia económica global 79

A modo de presentación

El intento de dar significado a ciertos aspectos de la teología wesleyana desde una realidad que dista mucho de la que dio origen al metodismo no es una tarea sencilla. En América Latina llevamos cuarenta años de reflexión y práctica teológica autóctona, la cual sin duda ha sido muy fructífera. Sin embargo, en esta construcción no hemos podido incluir seriamente la herencia teológica wesleyana. ¿Por qué hemos postergado la oportunidad de reflexionar sobre nuestra tradición teológica? Aparentemente, aún antes de la llegada del metodismo desde Estados Unidos, este ya estaba teñido por un proceso que podríamos llamar de deswesleyización, tanto en las misiones metodistas de vertiente norteaño que impactaron principalmente en el Cono Sur y la costa andina de América Latina, como las de origen sureña que formaron las iglesias metodistas de México, Centroamérica y norte de Brasil.

En el primer caso, la teología wesleyana había dado paso a otras influencias relacionadas con el necesario diálogo de la teología con el mundo moderno. De esta manera, el metodismo incluyó en su agenda a través de John Miley el diálogo con las ciencias y el evolucionismo darwiniano. Filósofos como Ritschl, Schleiermacher y Lotze influyeron en la moralización de la teología, la experiencia religiosa y el teísmo personal, respectivamente. Hacia fines del siglo XIX y primeras décadas del XX, el idealismo social del metodismo encuentra en la teología del Evangelio Social su mejor expresión e impacta profundamente en América Latina.

De esta manera, el liberalismo teológico, sin desmerecer su marcada contribución en muchos aspectos, había dejado al pensamiento wesleyano simplificado a una mera función moralizadora.

En el caso de las misiones sureñas, traían consigo la gran frustración de la derrota de la Guerra Civil. A la sombra de este sentimiento se generó una teología defensiva de restauración. Ésta dio origen al fundamentalismo evangélico premilenarista y conservador que cortó transversalmente a casi todas las denominaciones de Estados Unidos. Éstos utilizaron a Wesley, totalmente desfigurado, como argumento legitimador de una práctica de pietismo individualista de neto corte fundamentalista.

En ambos casos, ya sea por la influencia de la teología liberal o por la conservadora, el metodismo norteamericano, hacia fines del siglo XIX había quedado bastante lejos de Wesley. Esa característica, en cierta manera, le quedó como legado a las iglesias latinoamericanas.

Por otro lado, a fines del siglo XIX y la primera mitad del siglo XX, la lucha que el metodismo encara en América Latina junto a otras presencias evangélicas contra el catolicismo, tampoco ayudó al reencuentro. Por el contrario, ante la necesidad de estrechar alianzas estratégicas con el resto del bloque evangélico presente en el continente, el metodismo difuminó sus bordes y en gran parte su herencia.

En 1939 en Estados Unidos los metodismos se unifican y nace la Iglesia Metodista producto de la reunión de las iglesias metodistas, Episcopal del Norte y del Sur y la Metodista Protestante, hasta entonces divididas desde antes de la guerra civil. Como respuesta entusiasta a esta nueva etapa reverdecen las ansias de conocer las fuentes. Es así que a partir de 1940 comienza un vuelco al reconocimiento de la herencia wesleyana. Sin embargo, el liberalismo moralista de la época no permite rescatar más que una superficial caricatura de Wesley. Así aparecen en particular en el Cono Sur y en México, obras que podrían ser catalogadas como apologías y hagiografías metodistas.

Todas ellas obras muy buenas de divulgación, dedicadas a difundir la biografía de Wesley y a describir las características de lo que un metodista debería ser, pero en rigor ninguna de ellas es un intento de profundización teológica del pensamiento wesleyano. Una excepción a esta regla son dos artículos de José Míguez Bonino en Cuadernos Teológicos de 1950¹ donde se compara la teología de Wesley con la teología de la Reforma, particularmente la calvinista y el libro de Foster Stockwell, *La Teología de Juan Wesley y la nuestra*.²

Salvando estas excepciones, en general, la época tiende al rescate de Wesley desde el modelo de “personaje ejemplar”, y aparte de esto no hubo mucho más que decir en las iglesias sobre la tradición wesleyana. Ésta se limitó al enunciado de frases célebres del fundador del metodismo. Entre las que el “factor Aldersgate” pasó a ser prácticamente la única referencia. El “corazón ardiente” fue transformado así en el ariete casi exclusivo de los sectores más

¹ José Míguez Bonino, *Juan Wesley y la Teología de la Reforma*, (Cuadernos Teológicos V.1, N°3, 1950) p. 61-70 y *Juan Wesley y Calvino*, (Cuadernos Teológicos V.1, N° 4, 1950) p.47-53

² B. Foster Stockwell, *La Teología de Juan Wesley y la Nuestra*, Buenos Aires, La Aurora, 1962.

conservadores para reprochar frialdad y secularización a los que olvidaban la evangelización y la predicación de conversión personal.

¿Será por este comienzo difuso y sesgado que durante los años en que América Latina fue gestando una teología propia, los metodistas no pudimos aportar perspectivas wesleyanas valiosas para la reflexión teológica latinoamericana?

Exceptuando la edición de Beacon Hill de 1957 de una selección muy recortada en dos tomos de algunos de sus sermones, las obras de Wesley fueron desconocidas en castellano, hasta bien entrada la década de los 90, cuando comienzan a aparecer los catorce volúmenes de las Obras de Wesley en castellano auspiciado por la Wesley Heritage Foundation y dirigida por Justo González, obra que, por otro lado, tampoco recoge la totalidad de sus trabajos.

Sean cuales hayan sido los motivos para esa larga ausencia de Wesley en el metodismo latinoamericano, el resultado fue la condena de varias generaciones de metodistas a conocer el pensamiento wesleyano solamente a través de los materiales accesibles, con las limitaciones ya enunciadas. De esta manera, muy mal conocida -solo por fragmentos- la figura de Wesley se proyectó como un recuerdo anacrónico de un pasado que no tenía mucho que ver con la realidad latinoamericana. Wesley y América Latina quedaron separados por una distancia histórica, cultural e ideológica insuperable para muchos. Así, a los metodistas se nos hizo muy difícil encontrar algo valioso en la teología wesleyana, como para integrarla a la reflexión teológica que se daba en aquellos años.

Sin embargo, afortunadamente en 1982 y como consecuencia del encuentro del Oxford Institute de ese año en Inglaterra, la tendencia comenzó a revertirse. En febrero de 1983 se desarrolló por primera vez en América Latina un encuentro sobre teología metodista en San José, Costa Rica. Otro similar tuvo lugar un año más tarde en Piracicaba, Brasil. Estos fueron los primeros trabajos serios que comenzaron a preguntarse desde América Latina por nuestras raíces teológicas wesleyanas. Sin embargo, debieron pasar veinte años para que un nuevo encuentro de teología wesleyana se realizara, esta vez en Sao Paulo, Brasil, en 2003. El próximo encuentro está programado para el año 2009 en Buenos Aires.

Si bien son pasos lentos, debemos celebrar que, aunque pausadamente, el pensamiento wesleyano está permeando de manera

lenta nuestra reflexión teológica. Creemos, en este sentido, que la publicación de **Santificación y transformación social. Desafíos para el pensamiento wesleyano del siglo XXI** del prof. Theodore W. Jennings, viene a ser una clara muestra del reavivamiento de estos años.

Esta obra es el resultado de una trama solidaria de progresiva conciencia de la necesidad de abreviar de nuestras raíces. Es una búsqueda que no debe ser entendida como un escudo defensivo, de una identidad anclada en el pasado funcionando como refugio fóbico del presente. Por el contrario es el intento de extraer del pensamiento wesleyano las claves que nos permitan hoy “difundir el Evangelio para transformar la nación” como lo proclamaba Wesley.

Este pequeño libro está conformado por las conferencias que el profesor Theodore W. Jennings dictó en la Universidad Metodista de Sao Paulo (UMESP) en el año 2003. Esas conferencias fueron publicadas en portugués por la Universidad de Sao Paulo (EDITEO) en el año 2006 bajo el título “Wesley e o Mundo Atual”. Gracias a la generosidad de ambos, autor y Umesp, es que hoy podemos ofrecer este material en castellano con la esperanza que pueda constituirse en primicias de una cosecha abundante. Vaya entonces nuestro profundo agradecimiento por esta trama solidaria.

De esta manera, el **Centro Metodista de Estudios Wesleyanos** de la Iglesia Evangélica Metodista Argentina, lanza su primer aporte en materia editorial, un elemento valioso para la reflexión teológica y pastoral presentado de manera accesible por el prof. Jennings, útil tanto en nuestros seminarios como en nuestras congregaciones.

El prof. Jennings de una manera desafiante nos ayuda a comprender el profundo significado que Wesley le dio al concepto de santificación, en la vida cristiana. Lejos de ser una vía de escape social y de preservación de una pureza individual, (como muchas veces se entiende el término), la santidad wesleyana es concebida como la prueba histórica de un evangelio encarnado que, necesariamente debe llevar frutos de amor y justicia.

Desde su propio compromiso por hacer visibles, dentro de la Iglesia Metodista de Estados Unidos, a los marginados, pobres, mujeres, homosexuales, el prof. Jennings en este libro hace visible también el profundo desafío que la santidad wesleyana representa cuando debe ser vivida en tiempos urgentes, como los de la Inglaterra del siglo

XVIII y como los que vivimos nosotros hoy, cuando ser “cristianos completos” -como decía Wesley- es una cuestión de discipulado y fidelidad.

Deseo agradecer a todos los que con su colaboración desinteresada han hecho posible esta edición: a Licia López de Casenave quien amplía y generosamente ha dedicado mucho tiempo para la tarea de corrección de los originales. Al pastor Arne Clausen y la Lic. Nora Smith quienes han realizado la lectura de estilo final. A Daniela López de Casenave por el diseño y arte de tapa. Al pastor Claudio L. Pose quien está colaborando activamente con la planificación general de las múltiples tareas del Centro y quien además, en este caso, también ha oficiado de corrector. Por último, el agradecimiento a todos, los que personalmente o a través de instituciones y empresas han hecho posible económicamente la edición de este material.

Rev. Daniel A Bruno
Coordinador del Centro Metodista
de Estudios Wesleyanos

Capítulo 1. La doctrina wesleyana de la santificación

Empezaremos el estudio de la herencia wesleyana con una reflexión sobre la doctrina de Juan Wesley de la santificación de la vida cristiana. La pregunta con la que partimos es ¿cómo relacionar esa herencia con el mundo actual, de tal manera que podamos desarrollar una identidad y misión dignas del evangelio?

Wesley y su lectura de la Biblia

Wesley decía que él era “hombre de un solo libro”. Aunque leyó una cantidad impresionante de libros en sus viajes alrededor de Inglaterra, leyó la Biblia de manera constante. Desde su niñez memorizaba cantidades enormes de pasajes bíblicos. Su discurso siempre estuvo sazonado con frases bíblicas. Sus obras más extensas fueron sus notas sobre el Antiguo y Nuevo Testamento. Aún más importante fue su intento de entender la Biblia en su totalidad. Esto quiere decir que realizaba la lectura tomando en cuenta su contexto más amplio. Además, intentó entenderla en sus idiomas originales y a partir de un entendimiento de la historia de la antigüedad. Hoy en día, hay muchos que la citan sin haberla leído o estudiado en su totalidad. Así extraen perspectivas aisladas y fuera de contexto. De Wesley, podemos aprender de qué manera leer la Biblia constantemente. Es obvio que debemos realizar una lectura aprovechando los avances producidos en los últimos dos siglos sobre el contenido y el contexto. Wesley también cambió su manera de leerla e interpretarla en el transcurso de su ministerio. Esto quiere decir que no se quedó con sus primeras impresiones o interpretaciones sino siempre estuvo abierto a descubrir un mejor entendimiento de la Biblia.

El motivo de la lectura

Tal vez lo más importante de su manera de leer la Biblia fue el intento de enfocar la cuestión de la vida cristiana. Esta fue su preocupación constante. No se acercó a ella por cuestiones especulativas ni teóricas sino con el propósito de entender realmente qué quiere decir ser cristiano, una persona renovada por medio de la gracia de Dios. Su entendimiento de pasajes claves cambió de acuerdo a la experiencia que adquirió a medida que guiaba la vida de su gente. Wesley desarrollaba una lectura práctica, relacionada con su proyecto concreto de evangelización. Esto quiere decir que su interpretación de los textos cambiaba según iba aprendiendo de la

experiencia de los miembros de sus clases en el camino de crecimiento cristiano.

Una lectura fructífera

Esta manera de leer la Biblia producía frutos dignos del evangelio. La vida de la gente de Inglaterra se transformaba. En sus cincuenta años de magisterio, las pequeñas sociedades crecieron. Pero no era sólo el crecimiento en número, ni de congregantes, ni de sociedades lo que le importaba. Lo más importante para Wesley era el cambio en las vidas de los miembros de tales sociedades. Si queremos aprender y ser intérpretes de la Biblia para que su lectura produzca frutos dignos del Reino de Dios, entonces no podemos olvidar esta herencia tan importante de una lectura responsable de la Biblia, práctica y fructífera.

Como veremos, Wesley esperaba una transformación total del mundo y de la historia por parte de la obra de Dios. Pero el problema es que después de tantos siglos de cristianismo parece que los cambios han sido muy pocos. Tomando en cuenta la gran diferencia entre el mundo prometido y el mundo actual, ¿cómo es posible creer en una transformación tan radical y total?

A. La transformación personal como prueba de la transformación global (renovando la imagen de Dios)

Wesley entendía bien la fuerza de esta pregunta. Él no creía en lo que algunos decían: “hay que creer meramente porque la iglesia o la Biblia lo dice”. Dios nos ha dado la racionalidad con el fin de que entendamos su palabra.

Para Wesley, siempre fue necesario buscar evidencia para persuadir a la gente razonable de la verdad. Recordemos que fue educado en la filosofía de John Locke cuyo pensamiento fue base de las ciencias y del método experimental. Para él, entonces, era necesario un tipo de *empirismo piadoso* para convencer a la gente de la verdad de la fe.

Es correcto según Wesley preguntar, ¿cómo podemos creer que Dios va a hacer un cambio tan radical del mundo?

En su sermón sobre “La expansión del mensaje del evangelio” [**Obras** IV p. 1-], Wesley empieza con estas palabras: “*¡Qué situación tan tremenda la de nuestro mundo presente! ¡Toda la tierra cubierta de oscuridad, de falta de claridad intelectual, y de ignorancia, y todo ello lógicamente acompañado de conductas viciosas y desdicha!*” [p. 1]. Luego habla de la esperanza, o sea, del mundo prometido por Dios: “*El conocimiento en el amor que proviene de Dios, y cuyo fruto*

es una santidad y una felicidad sólidas y duraderas, cubrirá toda la tierra, y llenará el alma de todos los seres humanos” [p.4]. Esto es el contraste a la evidencia de maldad y destrucción. Ahora la pregunta: *“Algunos dirán que esto es imposible, que es el mayor de los imposibles llegar a ver un mundo cristiano...”* [p. 5]. Entonces, *“¿cómo es posible hacer que todas las personas alcancen la santificación?”* [p. 5]. Esta pregunta nos permite intuir en qué dirección busca Wesley la respuesta.

Podemos confiar en la transformación del mundo porque podemos ver una transformación radical y total dentro de la vida de personas que conocemos. Esto significa que la transformación de las vidas de las personas sirve como evidencia de la gran transformación que esperamos por las promesas de Dios.

De allí que para Wesley sea muy importante la transformación concreta y evidente de la vida de las personas. Esto es, o debe ser, la demostración de que el evangelio es la verdad, que Dios es amor, que Cristo vino para redimir al mundo, etcétera. Nosotros somos, o debemos ser, las evidencias de lo que Pablo llamó “la verdad del evangelio”. Una vida transformada es el testimonio de que nuestra esperanza no es vanidad, que la Biblia tiene razón.

Por ese motivo, para Wesley es importante la transformación visible de la vida del cristiano. Su enfoque en el proceso de transformación de la vida personal del cristiano es su gran contribución al cristianismo.

B. La santificación como herencia especial del metodismo

Mas Allá de la Reforma

La Reforma del siglo XVI había enfatizado sobre las reformas de la doctrina y de la liturgia de la iglesia. Martín Lutero y Juan Calvino rescataron la doctrina de San Pablo acerca de la gracia de Dios que nos justifica fuera de la ley por medio de la fe. Wesley se convenció de esta enseñanza en el transcurso de sus diálogos con los moravos, por su propia experiencia, y por la reacción de personas a las cuales había predicado en cárceles y en el campo.

La fe obrando por amor

Wesley insistió a lo largo de su ministerio que la doctrina de la salvación por la fe a través de la gracia, es decir del favor inmerecido de Dios, del amor incomprensible de Dios, es el fundamento de todo.

Pero, ¿qué significa esta fe que es respuesta al amor gratuito de Dios? Seguramente no es la fe que cree en doctrinas.

Como Wesley insistió en varios sermones, aun el diablo cree que Dios es Dios, y que Jesús es su unigénito hijo. Las creencias no pueden ubicarse en el lugar de la fe que nos salva. Ni tampoco la fe consiste en ser parte de la iglesia, asistir a sus cultos y a sus actividades. ¿Qué puede ser entonces la fe como respuesta a la gracia de Dios? Si recordamos que la gracia tiene su base en el amor de Dios, podemos entender que la fe que corresponde a este amor es la fe que obra por amor. Lo importante aquí es la fe como fidelidad, fidelidad al amor que ha sido derramado en nuestros corazones. Una fe que no tiene que ver con el amor para con Dios ni para con el prójimo, no puede ser una fe que corresponde a la gracia de Dios quien es amor.

El problema con los predicadores de la fe

Precisamente por ese motivo Wesley tuvo problemas con los predicadores que hablaban mucho acerca de la fe pero que no entendían nada de la importancia de la transformación de la vida. Podemos decir que ellos hablaban mucho de la justificación, también de la conversión, pero no sabían nada de la santificación. El problema era la conversión sin transformación. O sea, fe sin obras. ¿Por qué es esto un problema? Precisamente porque de esta manera no existe evidencia de la transformación del mundo. Wesley tomó muy en serio la objeción al cristianismo por parte de los islámicos que decían que los cristianos se portaban como diablos. ¿Cómo será posible creer en su mensaje si la evidencia concreta muestra la falsedad de sus predicaciones? Hablan del amor de Dios pero matan a sus enemigos; hablan de la gracia de Dios pero tratan a los demás sin misericordia, hablan del perdón pero son implacables. Es el gran peligro de proclamar una salvación que no implique justicia. De esta manera, la gracia de Dios no es eficaz, no tiene resultados concretos.

C. ¿Hay vida después de renacer?

Una de las formas en las que Wesley explicaba la obra de Dios respecto a nuestra salvación era la distinción que realizaba entre la justificación y la regeneración. La justificación puede ser entendida como la acción de Dios por medio de Jesucristo que está dirigida hacia nosotros, el amor divino que llega a ser eficaz para nosotros. La regeneración, en cambio, es la acción de Dios dentro de nosotros, es el comienzo de la vida nueva fundada en este mismo amor. Así, el

amor de Dios no es meramente lo que Dios hace *por* nosotros sino lo que Dios hace *en* nosotros por medio del Espíritu Santo. Esto es el comienzo de la renovación de su imagen en nosotros.

Recordemos que la acción redentora de Dios tiene como fin la renovación de la creación. Y el ser humano fue creado para ser la imagen y semejanza de Dios, su reflejo dentro del mundo. Esto era el propósito de Dios en la creación del ser humano. Pero hemos perdido nuestra semejanza a Dios a través del pecado. En vez de ser reflejos del amor divino somos reflejo de enemistad, del egoísmo, del odio y de violencia. En vez de ser siervos fieles, somos siervos de la muerte. Lo que Dios está haciendo en la acción de salvación es llamar al ser humano a su vocación de representar nuevamente el amor de Dios.

La regeneración es el comienzo de nuestra renovación para que seamos en verdad imagen de Dios.

La dificultad de hablar acerca del renacimiento, de nacer de nuevo, o nacer desde arriba, es que muchas veces olvidamos lo que es más obvio acerca del nacer: después de nacer, hay que crecer. Aun en la vida natural sabemos que los recién nacidos son susceptibles de muchas enfermedades y muy vulnerables a los peligros del mundo. Todavía tienen que aprender a caminar, a hablar, a aceptar responsabilidad. El nacer es nada más que el comienzo. Y esto también vale para el nacer de nuevo en el Espíritu de Dios. Después del renacimiento todavía hay peligros espirituales. Por falta de nutrición adecuada podemos perder la fuerza de la vida y caer en enfermedades. Aun es posible morir espiritualmente. No sólo es importante que sigamos viviendo, sino crecer continuamente para madurar en la fe, para ser plenamente la imagen y la semejanza de Dios. En la carta a los Efesios se nos dice que la vocación es perfeccionar:

“A fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo: Hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, aun varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo para que... siguiendo la verdad en amor, crezcamos en todo en aquel que es la cabeza, esto es Cristo, de quien todo el cuerpo bien concertado y unido entre sí todas las coyunturas que se ayudan mutuamente, según la actividad propia de cada miembro, recibe su crecimiento para ir edificándose en amor.” [Efesios 4:12-13, 15-16]

Para aclarar la obra salvadora de Dios es necesario hablar no sólo de la justificación y la regeneración, sino también de la santificación. La santificación es precisamente este proceso de crecer en la fe, de

llegar a ser lo que el apóstol llama “un varón perfecto” que va creciendo “edificándose en amor”.

Creciendo por la gracia y el aumento de la fe

¿Cómo podemos crecer de tal manera que podamos llegar a ser imágenes fieles del amor de Dios? Es muy importante recordar que el fundamento de nuestro crecimiento, o sea del proceso de santificación, es la misma gracia de Dios que nos ha justificado. No lo alcanzamos por nuestros propios esfuerzos, ni es posible merecer el amor divino por nuestras obras. No es que Dios nos ama porque crecemos, sino por el contrario, podemos crecer porque Dios nos ama. El amor de Dios está en la base y es el causante de nuestro crecimiento y santificación. Entonces, la prioridad de la gracia de Dios sigue siendo esencial. También el crecer es posible únicamente por la respuesta que damos a este mismo amor; esto quiere decir: la fe.

La fe es la manera de responder y corresponder a la gracia, o sea al amor de Dios. Entonces la base de la santificación es la misma base que tiene la justificación y la regeneración: la gracia de Dios que despierta la fe que corresponde a este amor.

Creciendo hacia el amor perfecto

Así como la gracia de Dios es la base, el fundamento de la santificación, el fin de este proceso es la *perfección en el amor*. En varios de sus sermones, Wesley enfatiza la importancia de tener como meta la transformación total del ser humano. Por la gracia de Dios somos llamados a ser “perfectos como su Padre que está en los cielos es perfecto”. La perfección indicada aquí es la perfección en el amor. No es algo que sobrepasa la humanidad, no es convertirse en un dios, sino es llegar a estar tan lleno de amor que no haya nada dentro de nosotros que impida la luz divina del amor. Llegar a ser transparentes al amor divino: éste es el destino del ser humano como reflejo y semejanza de Dios. Esto es lo que quiere decir la *santificación total*, o sea la *perfección en el amor*. No debemos conformarnos con algo menos que esto como meta de nuestro crecimiento en la fe por la gracia de Dios.

Creciendo por los medios de la gracia

¿Qué hacer para abrirnos a la gracia santificadora de Dios? Como cualquier ser vivo, para crecer es necesario nutrirnos del alimento

sano. Para el crecimiento en la santidad también es importante que acudamos a los medios de la gracia. Los medios de gracia son los que Dios nos ha dado para ayudarnos a crecer: la oración, el estudio de las escrituras, la cena del Señor, y las maneras de practicar el amor con los demás como, por ejemplo, el reunirnos con otras personas que comparten el mismo compromiso. También visitar gente necesitada y empobrecida. Aprovechándonos de lo que Dios ha proporcionado para nuestro bien, podemos crecer día tras día en la gracia y el amor.

De esta manera hemos visto que la base de la santificación es la gracia de Dios, su fin es la perfección en el amor y su manera de expresarlo es acercándonos a los medios de gracia.

D. Aspectos de la santificación

Sabiendo todo esto es preciso entender concretamente lo que quiere decir la santificación como crecimiento en el amor. Por lo tanto, quisiera señalar algunas dimensiones de la santificación para que tengamos en mente la importancia que tiene para la vida cristiana. Voy a indicar cinco dimensiones de la santificación:

- Primero, la santificación del corazón, la transformación de la vida personal.
- Segundo, la santificación de la vida relacional, sobre todo enfocando nuestra manera de relacionarnos con los hermanos y hermanas de la comunidad.
- Tercero, la vida en el mundo, o sea la transformación de la vida en su aspecto económico.
- Cuarto, la transformación en la relación con los desamparados, los hermanos pequeños de Cristo Jesús.
- Quinto, la transformación de nuestra vida en el proceso para convertirnos en representantes del amor de Dios en el mundo.

Estos elementos no deben entenderse como etapas sucesivas, pisos que siguen uno tras otro, sino como dimensiones superpuestas que funcionan juntas en la vida cotidiana. Distinguimos esas dimensiones únicamente para ayudarnos a entender mejor la magnitud del cambio que Dios quiere hacer en nuestras vidas.

La transformación del corazón

El renacimiento por el Espíritu Santo es el comienzo de la vida transformada por la gracia de Dios. Pero si vivimos por el Espíritu,

Pablo dice que debemos caminar, o sea continuar viviendo por el Espíritu. San Pablo nos ayuda entender qué quiere decir realmente ser transformados por el Espíritu. En la misma carta a los Gálatas, donde enfatiza la justificación por la gracia de Dios, también habla acerca de los frutos del Espíritu que deben mostrarse a través de la vida de los cristianos:

“Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza; contra tales cosas no hay ley. Pero los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos. Si vivimos por el Espíritu, andemos por el Espíritu.”[Gálatas 5:22-25]

Si vivimos por el espíritu es necesario que andemos por el mismo Espíritu. Y esto quiere decir que nuestra vida se caracterizará por el amor en vez del egoísmo, por el gozo en vez de la ansiedad, por la paz en vez de la enemistad, por la paciencia con los demás en vez del rencor, la bondad en vez del resentimiento, la templanza en vez de la cólera. Esto es la vida transformada por el espíritu de amor.

San Pablo nos proporciona otra descripción de esta vida en su primera carta a los Corintios. Hablando de la vida de amor dice:

“El amor es sufrido, es benigno, el amor no tiene envidia, el amor no es jactancioso, no se envanece; no hace nada indebido, no busca lo suyo, no se irrita, no guarda rencor, no se goza de la injusticia, mas se goza en la verdad. Todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta.”[I Corintios 13:4-7]

Antes de renacer en el espíritu, la vida es dominada por la carne. Lo que Pablo llama carne es nada más que la ansiedad respecto a nuestra propia vida. Es el egoísmo, la indiferencia hacia los demás. Pero el Espíritu de Dios nos da otro centro, otro fundamento para la vida. En vez de la ansiedad, el amor divino llega a ser la base de nuestra vida, por lo tanto el amor vence al egoísmo dentro de nuestro corazón.

Sabemos muy bien que no hemos alcanzado la perfección de este tipo de amor. Diariamente estamos en la lucha en contra del egoísmo y la ansiedad. Muchas veces nos encontramos gobernados por el rencor o la envidia. Pero el Espíritu de Dios está listo para darnos el poder para superarnos. Tenemos la promesa de Dios que podemos crecer diariamente en la capacidad para amar a los demás y a Dios de una manera digna de su amor mostrado hacia nosotros por medio de Jesucristo.

La relación con las personas: la lengua

Hemos empezado con la transformación del corazón que implica la transformación de las actitudes y los sentimientos. Pero esta transformación tiene que producir frutos visibles si vamos a dar evidencia de la eficacia de la gracia santificadora. Una esfera clave para ver los frutos de esta transformación del corazón tiene que ver con nuestras relaciones con los demás, en especial con la gente con la cual llevamos relaciones más íntimas: familiares, amigos, hermanos y hermanas en la comunidad de fe. Si vivimos en el Espíritu no guardaremos rencor y resentimiento y empezaremos a perdonar a los demás. No tendremos envidia, vamos a dejar de juzgar, de murmurar y hablar mal de los demás.

El egoísmo de la carne nos conduce al rencor y al resentimiento. El corazón carnal es muy listo para juzgar y muy lento para perdonar. Por lo tanto, Jesús dice *“No juzguéis, para no ser juzgados. Porque con el juicio que juzgáis, seréis juzgados”* [Mateo 7:1-2]. Y luego Pablo, dirigiéndose a la comunidad de la fe, dice *“Así que, ya no nos juzguemos más los unos a los otros”* [Romanos 14:13].

El dejar de juzgar aparece como una enseñanza negativa. Pero está combinado con una enseñanza positiva: hay que perdonar a los demás. Cuando Jesús enseñó a sus discípulos a orar, incluía la siguiente petición en su oración: *“Perdónanos el mal que hemos hecho, así como nosotros hemos perdonado a los que nos han hecho mal”* [Mateo 6:12]. ¿Cuántos de ustedes han repetido esta oración? Y, ¿no tienen temor cuando lo hacen? Yo, sí. Le estamos diciendo a Dios muy claramente: “Dios, mírame, observa como yo perdono a todos a mi alrededor. De la misma manera, del mismo modo, perdóname lo que yo he hecho mal”. Realmente, ¿quieres que Dios escuche tu oración? Y Jesús continúa con su enseñanza así:

“Porque si ustedes perdonan a otros el mal que les han hecho, su Padre que está en los cielos los perdonará también ustedes; pero si no perdonan a otros, tampoco su Padre les perdonará a ustedes sus pecados.” [Mateo 6:14-15]

Esto quiere decir que nuestra manera de tratar a los demás es una oración: “Dios trátame como yo los trato a ellos”. Cuando Pedro quiere saber cuántas veces tiene que perdonar a otra persona, ¿qué dice Jesús?: *“No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete”* [Mateo 18:22].

Parece algo raro o extremo la enseñanza de Jesús. Pero si lo pensamos bien no es nada raro. Siempre decimos, “Dios perdona los pecados”. Siempre celebramos la bondad de Dios cuyo perdón sobrepasa nuestra necesidad. ¿Cómo queremos que Dios nos

perdone? ¿De vez en cuando nada más? El evangelio que anunciamos es que hay plenitud de perdón por medio de Jesucristo. Hemos señalado que los que están en el camino a la santificación deben llegar a ser reflejos de la bondad de Dios. Hay que tratar a los otros con la misma bondad con que Dios nos trata a nosotros. La evidencia de su voluntad de perdonar es precisamente la manera en la cual perdonamos los unos a los otros.

Estrechamente relacionado con el perdonar a los demás está nuestra manera de hablar acerca de ellos en la comunidad. Si no perdonamos, entonces comenzamos a murmurar, a hablar mal respecto de los demás. En su carta, Santiago dice *“La lengua es un fuego, un mundo de maldad... e inflama la rueda de la creación, y ella misma es inflamada por el infierno”* [Santiago 3:6,7]. Y él explica esto diciendo *“Con ella bendecimos al Dios y Padre, y con ella maldecimos a los hombres, que están hechos en la semejanza de Dios”* [Santiago 3:9]. ¿Cómo es posible hablar bien de Dios y hablar mal respecto de su imagen y semejanza? Por lo tanto, Santiago advierte a su comunidad: *“Hermanos no murmuréis los unos de los otros”* [Santiago 4:11].

La prohibición de la murmuración y el chisme es una de las reglas más enfatizadas por Juan Wesley en sus comunidades. Wesley dice:

“Prácticamente no existe aspecto negativo de nuestra personalidad que no sienta satisfacción criticando a otros, por lo tanto, nos sentimos inclinados a hacerlo. Resulta muy halagador para nuestro orgullo enumerar aquellas faltas de otros de las cuales sentimos que estamos libres. Damos rienda suelta a nuestra ira, a nuestro resentimiento y a toda suerte de actitudes cuando hablamos mal de aquellos con quienes estamos disgustados. En muchas ocasiones, haciendo el listado de los pecados de nuestro prójimo, satisfacemos nuestras propias codicias necias y dañosas.” [Obras III p. 207: “no difamen a nadie”]

Y dice también a sus comunidades:

“Si es que van a distinguirse de otras personas, lo quieran o no, procuren que la señal distintiva de un metodista sea ésta: jamás hablan mal de alguien a sus espaldas, y por este fruto los conocerán.” [Obras III p. 219].

De hecho esto será la prueba de que realmente empezamos a caminar en el camino del Espíritu, hacia la santidad que es un reflejo fidedigno del amor divino.

Para Wesley, esta es la evidencia concreta de la eficacia del Evangelio. Después de la conversión de Constantino, otro emperador intentó imponer de nuevo el paganismo en el imperio Romano. Pero había un obstáculo insuperable que él mismo indicó en sus palabras a su corte: “*¡Vean cómo se aman estos cristianos!*” [Obras III, 219].

El amor divino derramado en nuestros corazones quiere dar una señal muy persuasiva al mundo de la victoria del amor sobre la enemistad. El amor que vence al poder de la división y la enemistad llega a ser muy claro en la manera en la que los cristianos se tratan los unos a los otros.

La relación con el mundo: la vida económica

Hemos hablado de la santificación en la esfera de las relaciones personales. Pero nuestra vida se mueve también con relaciones de todo tipo. Gran parte de nuestra vida está ocupada en lo que podemos llamar la esfera económica: trabajar, ganar, gastar, comprar, vender y compartir. Para Wesley, la clave de la santificación de nuestra vida en este aspecto es *la mayordomía*. Pero muchas veces entendemos mal este concepto, pensamos que tiene que ver con el cooperar con el presupuesto de la iglesia. Sin embargo, en la Biblia y en la enseñanza de Wesley, *la mayordomía* tiene que ver con mucho más que esto.

Jesús advirtió a sus seguidores que uno de los peligros más destructivos para la vida del cristiano era la manera de relacionarnos con la vida económica. Dice por ejemplo: “*Ninguno puede servir a dos señores: porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o estimará al uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas*” [Mateo.6:24]. Y explica esto diciendo “*Por lo tanto os digo: No os afanéis por vuestra vida qué habéis de comer, o qué habéis de beber, ni por vuestro cuerpo, qué habéis de vestir*” [Mateo. 6:25].

“Las riquezas” no quieren decir “una fortuna” sino aún las cosas más sencillas como beber, comer, vestirse. En la parábola acerca del sembrador, Jesús explicaba así la parábola a sus seguidores:

“Estos son lo que fueron sembrados entre espinos. Los que oyen la palabra, pero los afanes de este siglo y el engaño de las riquezas, y las codicias de otras cosas, entran y ahogan la palabra, y se hace infructuosa”. [Marcos 4:19]

Uno de los peligros más graves para la vida cristiana se encuentra en las trampas de la esfera económica. Wesley enfatizaba mucho en *la*

mayordomía. En uno de sus sermones sobre el sermón en la montaña dice:

“Sean mayordomos buenos y fieles de Dios y de los pobres, diferenciándose de ellos sólo en estas dos circunstancias, que tienen todas las necesidades satisfechas con la parte que les ha tocado de los bienes del Señor, y que además tienes la bendición de dar.”[Obras II p. 212]

Hablando de *la mayordomía* en su predicación sobre “Un camino más excelente” [#89], Wesley dice:

“Puedes verte a tí mismo como alguien en cuyas manos el Señor de cielo y tierra y todo cuanto en ellos hay, ha confiado parte de sus bienes, para que los administres según sus instrucciones. Y según sus instrucciones debes considerarte uno más dentro del grupo de personas cuyas necesidades deberán ser atendidas con esa parte de sus bienes que te fue confiado.”[Obras IV p. 166]

Hay que notar que un mayordomo no es un dueño. La base de la instrucción de Wesley es que Dios es el creador de todo el mundo. Que todo lo que tenemos es algo confiado en nuestras manos para que lo usemos según las instrucciones del dueño verdadero, o sea, Dios. En su sermón 88 sobre el vestido (que no se encuentra entre los sermones traducidos en las Obras) dice a los que quieren gastar sin necesidad:

“Cuando estás usando ese dinero en vestidos costosos, que podía de otra manera ser gastado para los pobres, les niegas lo que Dios, el poseedor de todo, ha puesto en tus manos para su uso. Si es así, lo que usan ustedes mismos lo están arrancando de la espalda del desnudo, se lo están arrebatando de la boca del hambriento.”

De hecho, Wesley puede calificar todo consumismo como robo a Dios y a los pobres. En su sermón 28 sobre el Sermón en la Montaña, Wesley pregunta:

“¿No será esta otra razón por la que apenas podrán entrar los ricos en el reino de los cielos? La gran mayoría de ellos están bajo la maldición, la maldición especial de Dios, puesto que según el tenor general de sus vidas no sólo están robando a Dios, malgastando y desperdiciando los bienes del Señor, y con esos mismos medios corrompiendo sus almas, sino también robando a los pobres, los hambrientos, los desnudos, cometiendo injusticia contra las viudas y los huérfanos, y haciéndose responsables de todas las necesidades, aflicciones y sufrimientos que pueden pero

no quieren remediar. La sangre de los que perecen por la avaricia de quienes guardan el dinero o lo desperdician ¿no clamará contra ellos desde la tierra? ¿Qué cuenta darán al que ha de juzgar a los vivos y a los muertos?” [Obras II p. 210]

Entonces Wesley dice a cerca de las riquezas: “*Da a los pobres con intención pura, con rectitud de corazón* y anota “*Ese tanto es dado a Dios*” [Obras II p 211].

Sin duda esta enseñanza acerca de *la mayordomía* puede parecer algo difícil. Pero es muy importante. Hoy día vivimos en una sociedad dominada por asuntos económicos, por la ansiedad de tener y gastar más. Y esto es un círculo vicioso del cual nadie puede salir con facilidad. Pero la gracia de Dios es suficiente para nosotros. Dios quiere liberarnos de esta ansiedad, de este sistema de dominación. Nos invita a ser cada día más un reflejo de la generosidad de Cristo Jesús quien nos ha dado todo. Nos ofrece la oportunidad de ser evidencia concreta en el mundo de la libertad de los hijos y las hijas de Dios, mostrando plenamente en la vida cotidiana la grandeza de la generosidad de Dios para con nosotros y con cada ser humano. Es una vocación noble. Con nuestro propio poder no podemos salir de la trampa de Mamón; pero con el poder de Dios todo es posible.

La relación con los marginados: pecadores y pobres

Quisiera indicar otro elemento de la santificación que tiene que ver con nuestras relaciones sociales, o sea con personas fuera de nuestro ámbito. El principio que debe guiarnos aquí es el mismo de siempre: ¿Cómo podemos ser representantes del amor divino dentro del mundo actual? Voy a sugerir que debemos mostrarnos solidarios con los pecadores y los pobres. Una clave para entender esto se encuentra en el ejemplo de Jesús en este relato de San Marcos:

“Sucedió que Jesús estaba comiendo en casa de Levi, y muchos de los que cobraban impuestos para Roma, y otra gente de mala fama, estaban también sentados a la mesa, junto con Jesús y sus discípulos, pues eran muchos los que lo seguían. Algunos maestros de la ley, que eran fariseos, al ver que Jesús comía con todos aquellos, preguntaron a los discípulos: ¿Cómo es que su maestro come con cobradores de impuestos y pecadores? Jesús lo oyó, y les dijo: Los que están buenos y sanos no necesitan médico, sino los enfermos. Yo no he venido a llamar a los buenos, sino a los pecadores.” [Marcos 2:15-17]

Lo escandaloso de la práctica de Jesús era su solidaridad con los pecadores. Jesús se encuentra a su lado, en sus casas, compartiendo sus comidas. De este modo, era compañero de ellos. Partía el pan con ellos. Su forma de llamarles era precisamente ser solidario con ellos. Era muy diferente al método de los fariseos que acusaban a los pecadores, los juzgaban y condenaban. En lugar de esto, Jesús se sentaba a su mesa, comía y bebía con ellos, compartía sus fiestas. De esta manera es posible mostrar el amor de Dios, quién nos ama aún sin nosotros saberlo. Esto es lo que quiere decir la gracia. Antes que nosotros sepamos algo de Dios o de su voluntad, ya Dios nos ama y quiere adoptarnos como sus hijos e hijas. Esto mismo es lo que Jesús les mostraba a quienes habían sido condenados por la gente “respetable” y “piadosa” que creía interpretar la ley de Dios.

Si nosotros vamos a llegar a ser reflejos fidedignos del amor divino, es necesario que nos solidaricemos con los pecadores, los excluidos y los marginados. Wesley lo hizo a través de su manera de predicar: fuera de los templos, en los campos, los mercados, las cárceles, en cualquier lugar donde era posible encontrar a las personas que nunca habían entrado a un templo. Tal vez para nosotros va a ser necesario buscar otras maneras de mostrar aún más concretamente el amor de Dios para con los excluidos, los así llamados “pecadores”. Relacionado con este tipo de solidaridad es la solidaridad con los necesitados.

Como ya hemos visto algo respecto de *la mayordomía*, señalaré un pasaje de la escritura, citado con frecuencia por Wesley. En su enseñanza sobre el reino de Dios a los discípulos, en la última parábola Jesús habla del juicio final:

“Cuando el Hijo del Hombre venga en su gloria, y todos los santos ángeles con él, entonces se sentará en su trono de gloria y serán reunidas delante de él todas las naciones, y apartará los unos de los otros, como aparta el pastor las ovejas de los cabritos. Y pondrá las ovejas a su derecha, y los cabritos a su izquierda. Entonces el rey dirá a los de su derecha: venid benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo. Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber; fui forastero y me recogisteis; estuve desnudo, y me cubristeis, enfermo y me visitasteis; en la cárcel y vinisteis a mí. Entonces los justos le responderán diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y te sustentamos, o sediento y te dimos a beber, Y cuando te vimos forastero y te recogimos, o desnudo y te cubrimos... Y respondiendo el Rey, les dirá: De cierto os digo en cuanto lo

hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis.” [Mateo 25:31-40]

Lo que hacemos por solidaridad con los necesitados es como si lo hiciéramos a Jesús mismo. Por eso la prueba de nuestra relación con Dios, es nuestra relación con ellos. Si queremos acercarnos a Él, ésta es la manera de hacerlo. Solidarizándonos con todos los necesitados.

La relación con Dios

Para que lleguemos a ser otra vez “imagen y semejanza” de Dios, es necesario acercarnos a él. El crecimiento cristiano implica una transformación en nuestra relación con Dios. El amor de Dios ha sido mostrado en Jesucristo y ha sido derramado en nuestros corazones. La vida que vivimos es la vida de gratitud y amor a Dios. Por lo tanto, la vida entera es, o puede ser, una alabanza a él. Nuestra manera de vivir con los demás es la manera de alabarle, amarle con corazón y alma, con mente y cuerpo. No podemos relacionarnos con él sin relacionarnos con los demás, puesto que Dios es amor y su amor está dirigido a todo ser humano. Por lo tanto Pablo dice:

“Ustedes, como hijos amados de Dios, procuren ser como él. Condúzcanse con amor, lo mismo que Cristo nos amó y se entregó para ser sacrificado por nosotros, como ofrenda y sacrificio de olor agradable a Dios”. [Efesios 5:1-2]

Así es que tenemos la vocación de imitar a Dios, como los niños que aman a sus padres intentan imitar su ejemplo de ellos. Como hijas e hijos amados de Dios, como los que responden a este mismo amor, vivamos como representantes del mismo amor en el mundo.

El gran desafío: La gracia eficaz

He mencionado sólo cinco dimensiones de la vida dentro de las cuales podemos crecer en el amor por medio de la gracia santificadora. Aun así, podemos ver que el desafío de llegar a ser imágenes fieles de Dios es algo intimidante. ¿Quién podría alcanzar este fin? Pero la cuestión esencial es ¿estamos en el camino?, ¿queremos avanzar en esta dirección para crecer día tras día hacia la santificación? Si es verdad que queremos crecer así es importante escuchar las palabras de San Pablo:

“No quiero decir que ya lo haya conseguido todo, ni que ya sea perfecto; pero sigo adelante con la esperanza de alcanzarlo, puesto que Cristo Jesús me alcanzó primero. Hermanos, no digo

que yo mismo ya lo haya alcanzado; lo que si hago es olvidarme de lo que queda atrás y esforzarme por alcanzar lo que está delante, para llegar a la meta y ganar el premio que Dios nos llama a recibir por medio de Cristo Jesús.” [Filipenses 3:12-14]

Empecé a estudiar a Wesley cuidadosamente cuando estuve enseñando en el seminario metodista de México. Estaba preparando un curso de todo un año sobre los sermones de Wesley. Quisiera compartir con ustedes una breve historia de esta época que me impactó mucho.

Cervando Hernández llegó al seminario. Venía de una familia y una comunidad bien humilde. Era la primera persona de su familia que intentaba estudios más allá de la primaria. Si bien en el inicio fue algo tímido, era muy inteligente. Más importante es que era muy disciplinado en el sentido wesleyano. Se despertaba a las cinco de la mañana para tener tiempo de orar y estudiar las escrituras. Estudiaba mucho. Pero fue más allá: intentó poner en práctica todo lo que aprendía en sus estudios. Recuerdo bien que me dio sus sermones para que realizara una crítica y obtener ayuda para superar su timidez. También hizo planes para ayudar a la gente de su aldea en asuntos de abastecimiento de alimentos.

Al comienzo del año siguiente se suspendieron las clases del seminario debido a la emergencia del terremoto que destruyó muchos edificios de la ciudad. Los alumnos ayudaban en las tareas de rescate y a los damnificados. Cuando regresamos al seminario nos dimos cuenta que Cervando no estaba. Más tarde descubrimos que estaba en el hospital y que su condición era muy grave. Lo visité cada día. En el inicio platicábamos acerca del curso sobre Romanos que estaba empezando. Pero él quería saber más sobre el crecimiento en la vida cristiana según San Pablo y Wesley. Su salud empeoraba cada día. La fiebre aumentaba y llegó a delirar. En los últimos días casi no sabía su nombre. No era posible conversar sobre su tema favorito: el amor de Dios derramado en nuestros corazones. Estuve a su lado, estrechando su mano, quitando el sudor de la fiebre que atacaba su cerebro y torturaba su cuerpo.

Los médicos hicieron muchos estudios pero sin esperanza. Estuve presente cuando los médicos hicieron unas últimas pruebas. Cervando había perdido la conciencia durante todo ese día. Pero, como si supiera que era casi el final, se despertó y con la poca energía que le quedaba y luchando por cada segundo de claridad fijó sus ojos en los míos y me llamó: “*Ted, Ted,*” “*Si, Cervando aquí*

estoy,” “Ted, estoy creciendo, sigo creciendo, a pesar de todo sigo creciendo”. Estas fueron sus últimas palabras.

Estoy creciendo. Aun en las tormentas de una enfermedad mortal, Dios lo estaba guiando hacia el amor, hacia la luz, perfeccionándolo en el amor divino. Aun en las tinieblas oscuras, la luz de la salvación brillaba.

Como pueblo llamado metodista, Dios nos ha entregado un tesoro muy precioso: la doctrina práctica del proceso de santificación. Es algo que tenemos que compartir con los demás cristianos. Somos encargados del mensaje de lo que Wesley llamó “La gran salvación”. Pero es algo más que una doctrina, es un estilo de vida.

La transformación de la vida por el amor divino derramado en nuestros corazones para que lleguemos a ser reflejos confiables del mismo amor de Dios en este mundo.

Oremos para que día tras día Dios nos llene cada vez más con su amor, para que seamos evidencia concreta, visible y tangible de su gracia. Para que el mundo se convenza de la verdad de las promesas de Dios mirando nuestras vidas y dándole la gloria a Dios.

Capítulo 2. La Misión en clave wesleyana

En el primer capítulo vimos cómo Wesley enfatizaba la eficacia de la gracia de Dios de tal manera que pudiera demostrar la transformación de la vida de las personas creciendo en el amor para llegar a la plenitud de la imagen de Dios. Esa transformación de la persona era la prueba, la evidencia concreta, de la voluntad de Dios de transformar el mundo entero: la nueva creación, la nueva tierra y los nuevos cielos también.

Ahora hablaremos acerca de la misión wesleyana, cómo Wesley se dirigía a los demás, a qué tipo de gente y con qué finalidad. Aquí veremos que entendía que su misión debía realizarse entre la gente pobre y este entendimiento se basaba en su lectura de las Escrituras, sobre todo de la misión de Cristo Jesús. Sin embargo, tuvo que realizar la misma misión entre la gente de su propio tiempo, dieciocho siglos después de la misión mesiánica de Jesús. Wesley utilizó métodos nuevos para realizarla. Una parte importante fue el ejemplo de las comunidades sembradas por la misión metodista. Finalmente, reflexionaré sobre lo que se puede aprender de su ejemplo para nuestro propio trabajo en el mundo actual.

Antes de comenzar quiero recordar que, ante todo, Wesley era un misionero. Al cabo de unos años como maestro en la universidad de Oxford, de haberse embarcado en una vida de santidad y en construir una sociedad de personas también dedicadas a vivir la santidad, Wesley decidió ir a América. Su deseo era anunciar el Evangelio entre los pueblos originarios. Pero había otro motivo también. Como hombre bien informado, había leído tratados sobre la vida y las costumbres de estas naciones. Sabía que entre ellos no existía la propiedad privada y también sabía que en su país uno de los obstáculos más sólidos que impedía concretar la santidad entre los cristianos era precisamente la propiedad privada. Había leído también los Hechos de los Apóstoles y la descripción que el libro hace de la vida comunitaria de los primeros cristianos. Por lo tanto, uno de los motivos que movilizaron a Wesley para ir a América como misionero era aprender la vida comunitaria de los pueblos originarios. Quiere decir que, para él, la misión era mutua. No era que como erudito, ni aún como cristiano, tenía toda la sabiduría y las respuestas, mientras que los demás eran receptores pasivos de su sabiduría, de su entendimiento del Evangelio. También estos receptores tenían sabiduría en asuntos del Evangelio. Era necesario anunciarles el Evangelio como lo era aprender de ellos a vivir como cristiano.

Mucho después, Wesley desarrollaría su entendimiento de lo que llamó “*Gracia preveniente*” para explicar la presencia de un entendimiento de Dios, aún entre los seres humanos que todavía no conocían a Jesucristo. Volveremos a este tema después pero lo importante ahora es notar que Wesley, desde el inicio de su ministerio, apreciaba la posibilidad de aprender de personas y culturas extranjeras, aun tomando en cuenta la urgencia de anunciar a ellos el Evangelio del amor divino mostrado en la vida, muerte y resurrección de Cristo.

Misión a los pobres

Tal vez lo más impresionante de la misión de Juan Wesley y el pueblo llamado metodista fue su énfasis singular en la gente pobre, la gente marginada. Al final de su carrera, haciendo un balance del movimiento metodista y de qué manera estuvo contenido por la acción redentora de Dios, el elemento que más destaca como característica de fidelidad de su misión fue que “los pobres han oído las buenas noticias”. Lo que vamos a ver es la magnitud de este compromiso que caracterizó su misión. Y veremos que su fundamento estaba en la historia de la misión de Jesús y su fin en la evangelización del mundo entero. Luego veremos las consecuencias que esto tiene para nosotros.

La opción por los pobres

Wesley buscó como principio dedicarse a los pobres. Cuando hacia el fin de su carrera intentó ubicar cronológicamente el Metodismo en la historia de la salvación, remarcó:

“Nunca, en ninguna época o nación, desde los tiempos de los apóstoles, las palabras ‘El evangelio será predicado a los pobres’ se han cumplido tan plenamente, como ha ocurrido en este tiempo.” [Works, “*Signs of the times*” VI, p. 308. En ésta y otras citas la numeración de tomos y páginas se refiere a la edición inglesa]

Wesley no califica esto como una casualidad. Es el resultado de una política conciente. Así decidió evitar a los ricos: “*Muchos de los ricos y notables estaban allí; así que pensé que era tiempo de huirme..*” [Diario, 15 de abril de 1745]. Y explica que esto era teológicamente necesario: “*La religión no va desde el mayor al menor; si fuera así, el poder podría parecer de los hombres*” [Diario, 21 de mayo de 1764]. Y dice a otros: “*Les dejo a ustedes los honorables y los grandes.*

Déjenos solos con los pobres, los vulgares, la base, los desechos de los hombres” [Works, VIII, p. 239].

Es claro que intentaba, como principio, dedicarse a los pobres. ¿Por qué esta intención? Hay pasajes en los que pareciera tener una relación sentimental con ellos: *“Amo a los pobres; en muchos de ellos encuentro gracia genuina y pura, no mezclada con maquillaje, desatino y afectación”* [Works, XII, p. 197].

Un sentimentalismo tal podría producir una consideración por los pobres sin tener en cuenta el horror de su miseria o fallar en buscar remedios efectivos para su condición. Pero Wesley estaba muy lejos de ignorar la miseria de los pobres. Aun más, fue una práctica regular el familiarizarse directamente con su situación. No estaba contento sólo con predicarles, aunque lo hiciera en espacios (campo abierto, mercados, lugares públicos de reunión) a los que los “religiosos” no llegaban porque se mantenían dentro de las iglesias y salones de reunión, sino que además hizo énfasis en visitar a los pobres, e incluso hospedarse con ellos durante sus viajes por Gran Bretaña.

Wesley practicaba su visita a los pobres en forma regular y constante desde sus días en Oxford. Consideraba este hecho simple como un aspecto esencial de esa santidad sin la cual ninguna persona puede ver a Dios. No podía imaginar una semana sin visitar sus casuchas, de la misma manera que no podía imaginar una semana sin haber participado en la Cena del Señor. Insistía a todos los que se colocaban bajo su liderazgo que visitar a los pobres era un medio esencial de la gracia, y una forma indispensable de obediencia al mandamiento de Cristo:

“Ir allí es esencialmente necesario como para la continuación de esa fe por la cual somos salvos por gracia, así para el logro de la salvación eterna” [Sobre visitar a los enfermos, Works, VII p. 117].

Conociendo íntimamente esta situación, Wesley podía con toda autoridad descalificar a los anglicanos y puritanos que decían que los pobres lo eran por ser perezosos:

“El viernes y el sábado visité tantos [pobres] como pude. Encontré a unos en sótanos, a otros en buhardillas, medio muertos de hambre y frío además de debilidad y de dolor. Pero no encontré a ninguno de ellos sin trabajo, o que estuviera tirado en el piso sin hacer nada. Es ofensiva, y diabólicamente falsa la tan común objeción: ‘son pobres, porque son perezosos’. Si ustedes vieran estas cosas con sus propios ojos, ¿podrían

malgastar su dinero en adornos y cosas superfluas?" [Diario, 9-10 de febrero de 1753; Obras, II, p. 279-280]

Y sugiere otro valor positivo para la práctica de familiarizarse con las necesidades de los más pobres: *“Una razón muy importante por la cual los ricos en general tienen tan poca simpatía por los pobres, es que raramente los visitan”* [sobre la visitación a los enfermos, Works, VII, p. 119]³. Su práctica sistemática de visitar a los pobres durante tres cuartos de siglo, a lo largo y a lo ancho de Inglaterra, hace que el pensamiento de Wesley sobre la pobreza y la riqueza, el trabajo y el gasto, tenga una definición y un vigor muy lejanos del simple sentimentalismo.

La determinación de desarrollar programas de ayuda para los pobres fue una consecuencia directa de su conocimiento íntimo de la situación de ellos:

“Los días subsiguientes, visité [a] muchos de nuestros pobres, para ver con mis propios ojos cuales eran sus necesidades, y como podían ser socorridos apropiadamente” [Diario, 13 de febrero de 1785; Works, IV, p. 296; cf. 8 de febrero de 1787; IV, p. 358].

Una forma de respuesta fue su práctica de "pedir para los pobres". Este texto sirve como ejemplo de cómo lo hacía:

“En esta época [Navidad] usualmente distribuimos combustible y pan entre los pobres de la sociedad [de Londres]. Pero me di cuenta de que necesitaban tanto ropas como comida. Así que en éste y los cuatro días siguientes caminé por la ciudad y recolecté 200 libras para vestir a los que más lo necesitaban. Pero fue un trabajo duro, porque las calles estaban llenas de nieve derretida, en la cual me hundía hasta los tobillos; de modo que mis pies estuvieron sumergidos en aguanieve desde la mañana hasta la tarde.” [Diario, 4 de enero de 1785; Works, IV, p. 295]

Hay que notar que cuando Wesley hizo esto, tenía 82 años de edad. La práctica de Wesley excedía en mucho lo que normalmente se entiende como limosnas o caridad. Fue mucho más allá de eso, buscaba una manera de ayudar a los pobres a ayudarse a sí mismos. Organizaba clínicas, cooperativas y uniones de crédito, que les permitiera escapar de la degradación e indignidad de la pobreza.

³ Las citas de Works hacen referencia a la edición de las Obras de Wesley en inglés, la cita Obras hace referencia a la traducción al castellano de algunas de sus obras por la “Wesley Heritage Foundation”.

Aun así, alguien podría calificar todo esto como un "servicio social", marginal a los asuntos principales del metodismo. Sin embargo, Wesley trató de hacer de la ayuda a los pobres el criterio de cada aspecto del movimiento metodista. Esto es obvio en su elección de los lugares donde predicaba; también fue la motivación de las publicaciones baratas de pequeños tratados y resúmenes, incluso bibliotecas enteras. Este era el criterio para la edificación de lugares de reunión que debían ser sencillos, de modo que no hicieran a los metodistas depender de los ricos:

“Que todas las casas de predicación se construyan sencillas y decentes, y no más costosas de lo que es absolutamente indispensable. De otra manera, la necesidad de recolectar dinero hará que necesitemos a los ricos. Si esto es así, debemos depender de ellos, y ser gobernados por ellos. Y entonces adiós a toda la disciplina metodista y posiblemente también a la doctrina.”

[Obras VIII, p. 32]

A pesar de que estas instrucciones fueron incluidas en el documento sobre el cual se basa la Disciplina (que es la ley de la Iglesia Metodista en Estados Unidos), se debe reconocer que los metodistas no se han dejado instruir por Wesley ni en la forma de construir templos como tampoco en lo esencial de la mayordomía de la vida cristiana. El resultado, como Wesley lo previó con exactitud, es la pérdida de la disciplina y la doctrina metodistas. En ningún caso los pobres debían correr con el costo de mantenimiento de las modestas capillas que fueron construidas:

“Debemos cuidar de no sobrecargar a los pobres. Nuestros hermanos más favorecidos pueden perfectamente llevar la carga” [Carta a Joseph Benson, 3 de Julio de 1776, Works XII, p. 424].

Y éste debía ser el criterio para la elección de los líderes de las clases: *“Ponga como líder de cada clase a la persona más insignificante en ella”* [Carta a John Criket, 10 de febrero de 1783, Works XIV, p. 361].

De este modo, cada aspecto del metodismo estaba guiado por el criterio: ¿Cómo beneficiaría esto a los pobres? La solidaridad con ellos no era un asunto marginal, sino la prueba y norma de cada dimensión de la actividad del pueblo metodista.

La base en la misión de Jesús

El compromiso de Wesley con los pobres y su intento de dirigir a su pueblo hacia un compromiso semejante son realmente impresionantes. Pero, ¿de dónde sacaba Wesley este énfasis?, ¿sería una opinión más, como lo eran sus ideas respecto a otros temas?, ¿o era algo esencial de la herencia metodista?

Hemos visto en el primer capítulo que Wesley se comprometió a una lectura constante de la Biblia, enfocada además en la cuestión de la renovación de la vida cristiana. La razón por la cual enfatizaba una opción preferencial por los pobres es porque esto es lo que encontraba a través de su lectura como la voluntad de Dios, como la característica del ministerio y la misión de Jesús.

Para que entendamos mejor la base de la misión wesleyana en la misión de Jesús es preciso que recordemos algunas características de esta misión.

Recordemos cómo Jesús empezó su misión en el evangelio según San Lucas. Después de ser bautizado por Juan en el río Jordán, Jesús comenzó su misión. Pero, Satanás le hizo varias pruebas que, en realidad, eran tentaciones basadas en estrategias de poder. Primero, la estrategia de proporcionar una prosperidad milagrosa: cambiar piedras en pan. Luego, la tentación basada en la misión como conquista y dominación: “*Yo te daré todo este poder y la grandeza de estos países*”. Finalmente la tentación basada en la misión como una muestra de poder sobrenatural: “*Tírate abajo desde el templo*”.

A lo largo de la historia encontramos a muchos que no pudieron resistir tentaciones como estas. Nos encontramos con intentos de convertir a las multitudes con promesas de prosperidad y riquezas. Hay intentos de convertir a la gente por el poder militar, del colonialismo o de la dominación imperial. Hay intentos de ganar seguidores mostrando algún pretendido poder sobrenatural. Todo esto lo encontramos a lo largo de la historia.

Pero Jesús rechazó estas tentaciones utilizando la lectura de las Escrituras, la revelación del Dios que siempre quiere justicia y misericordia. Cabe mencionar que el diablo también sabe leer las Escrituras, o por lo menos seleccionar textos para citar lo que le puede dar la apariencia de piedad a sus proyectos. Esto también se encuentra a lo largo de la historia, aun hoy en día. Por eso es importante no sólo citar sino leer, y no sólo leer sino estudiar con mente abierta las Escrituras.

Pero si Jesús no va a basar su misión y ministerio en estas tácticas sugeridas por el diablo, ¿cómo va a ordenar su misión? Encontramos la respuesta inmediatamente después de las tentaciones. Jesús entra en la sinagoga y selecciona otro texto que expresa más fielmente la voluntad de Dios:

“El espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha consagrado para llevar la buena noticia a los pobres; me ha enviado a anunciar libertad a los presos y dar vista a los ciegos; a poner en libertad a los oprimidos; a anunciar el año favorable del Señor.”
[Lucas 4:18-19]

La reacción de la gente fue favorable en el inicio. Pero después de entender lo que implicaba este texto –que incluye una misión a los excluidos, los rechazados, aun a los paganos– los que al principio apoyaron comenzaron a enojarse. Estaban tan enojados como para intentar destruir a Jesús.

Después de esto, San Lucas nos proporciona una narración de los hechos de Jesús: sanando personas de varias enfermedades mentales y corporales, hasta dando vida al hijo de una mujer viuda. Así, toda esta sección del Evangelio funciona como un resumen de la misión de Jesús. Luego, en el capítulo siete, Juan el Bautista, quien había bautizado a Jesús como señal de su vocación mesiánica, envió a sus seguidores para preguntarle a Jesús si él era realmente el Mesías. Tal vez, el mismo Juan había pensado que la misión mesiánica debía tener resultados más espectaculares que cuidar a los enfermos pobres de Galilea. Hay que destacar la respuesta de Jesús:

“Vayan y díganle a Juan lo que han visto y oído. Cuéntenle que los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios de su enfermedad, los sordos oyen, los muertos vuelven a la vida y a los pobres se les anuncia el mensaje de salvación.”[Lucas 7:22]

Recordemos que la última frase *“a los pobres se les anuncia el mensaje de salvación”* era la elegida por Juan Wesley para indicar el significado del movimiento metodista. Parece que Wesley había leído la Biblia.

Cabe mencionar algunos aspectos o elementos concretos de la misión de Jesús tal como lo muestran los evangelios.

Como hemos visto, Jesús proporcionó alivio concreto a los enfermos entre la población pobre de Galilea. Obviamente dio importancia a la salud corporal de la gente desamparada. También se interesaba por su salud mental, echando fuera a los demonios que atacaban a la gente con desesperación y terror. En varias ocasiones se muestra a Jesús ayudando a la gente a compartir sus escasos recursos, dándoles de comer en el desierto. Muy distinto al método sugerido por Satanás. Notamos también que se hizo solidario con los pecadores, los rechazados, los impuros como prostitutas y los que cobraban impuestos, incluso asistiendo a sus fiestas, comiendo y bebiendo con ellos sin barreras. No es asombroso pues que la gente pobre lo

escuchara con gozo, siguiéndolo a lo largo de Galilea hacia los muros de Jerusalén.

Por otro lado, podemos ver que la gente respetable, la gente rica y religiosa, la gente poderosa sospechaba de Jesús y lo rechazaba. Finalmente, Jesús fue atacado por ellos y condenado.

De todas formas, hubo excepciones: José de Arimatea y Nicodemo, algunos de los líderes que se acercaron a Jesús. Pero ellos se habían solidarizado con la misión de Jesús hacia los pobres, los humillados, los marginados. La mayoría de los que ejercían el liderazgo en la sociedad, la nación, el imperio, rechazaron a Jesús como un peligro para las estructuras sociales, religiosas, económicas y políticas. Su solidaridad con los marginados lo había marginado a él mismo, hasta la muerte, hasta la cruz.

Hay otra cosa más que debemos mencionar. A lo largo de su ministerio, Jesús enseñó a sus discípulos a imitar su misión. Por lo tanto, los había enviado a las aldeas de Galilea para anunciar el Evangelio, curar a los enfermos, echar fuera a los demonios, haciendo lo que él hizo. Leemos en los Hechos de los Apóstoles que continuaron con esta tarea aún después de su muerte, todo por el poder de Jesús resucitado. Entonces, la misión de los discípulos es una continuación de la misma misión de Jesús, que anuncia y muestra la venida del reino de Dios.

Así podemos ver con claridad que la decisión de Wesley de orientar su misión a la gente marginada y empobrecida de su propio tiempo y cultura tenía base firme en el Evangelio. Obviamente tuvo que buscar la manera de realizar tal misión dentro de su propio contexto. No vivió en ese siglo sino en el XVIII, no vivió en Palestina sino en Inglaterra. Fue necesario adaptar el mismo compromiso con la gente marginada a sus propios tiempos y medidas. Sanando a los pobres por medio de las clínicas por ejemplo, o proclamando el Evangelio también por medio de publicaciones baratas.

También nosotros, si seguimos en el mismo camino, deberemos buscar nuevas oportunidades para llevar a cabo un compromiso idéntico bajo circunstancias distintas según el entendimiento de nuestra cultura, sus retos y sus oportunidades.

A. La solidaridad y la misión

Wesley veía al mundo entero como la esfera de la acción redentora de Dios, creía que la naturaleza misma sería transformada en un escenario de la gloria de Dios. Pero dado que el mundo está cubierto por la injusticia, en uno de sus sermones pregunta cómo es posible para nosotros creer que realmente este mismo mundo va a ser

transformado por Dios. Esta es una pregunta clave si vamos a continuar con la misión del reino de Dios.

El sermón de Wesley "La expansión del mensaje del Evangelio" nos ayuda a comprender cómo es posible seguir la misión con confianza en las promesas de Dios. Lo primero que dice es que Dios va a cumplir sus promesas a través de la acción fiel de su pueblo. Dios va a obrar a través de nuestra misión, o sea, a través de nuestra continuación de la misión de Jesús. Dice Wesley:

"Es posible, entonces, comprender [de] qué modo obrará en el futuro, tomando como parámetro la manera en que obra en el presente, y como obró en el pasado"[Obras IV p. 5]

Luego, mirando el mapa de todas las naciones del mundo, Wesley dice:

"Podemos razonablemente creer que en toda nación bajo el cielo Dios seguirá el mismo orden que ha utilizado desde los comienzos del cristianismo. 'Todos me conocerán' dijo el Señor, 'desde el menor hasta el mayor de ellos', y no 'desde el mayor hasta el menor' (este orden correspondería a la sabiduría del mundo que es necesidad para Dios, porque alabanza no viene de los hombres, sino de Dios)."[Obras IV p. 10]

Cabe notar que aquí otra vez afirma que el Evangelio debe ser sembrado en primer lugar entre la gente pobre y marginada. Sólo de esta manera se correspondería nuestra misión con la acción de Dios. Luego describe la comunidad de Pentecostés según Hechos 2 y 4, la comunidad que compartía sus bienes con todos, distribuyendo a los necesitados. Con estos textos llega a una conclusión un poco sorprendente:

"De este modo, una vez quitada de en medio la gran piedra de tropiezo, a saber, la manera de vivir de los cristianos, los musulmanes los mirarán con nuevos ojos, y comenzarán a prestar atención a sus palabras."[Obras IV p 12]

Es muy importante esto en el mundo actual. La división entre islámicos y cristianos es una de las causas principales de violencia. Ya en esa época, Wesley sabía que los islámicos tenían razón al sospechar sobre los motivos de los "cristianos" con su avaricia y violencia. Esto es hoy más evidente ya que éstos son los que han afligido a aquellos con su sistema económico y su poder global, provocando resentimiento, odio y una violencia horrible.

¿Cómo es posible salir de esta situación? Según Wesley, cuando la gente cristiana viva como la primera comunidad cristiana,

compartiendo sus bienes y distribuyendo a los necesitados, entonces podremos salir de esta situación de desconfianza tan violenta. Como dice Wesley: “*La vida en santidad de los cristianos será un argumento irrefutable*” [Obras IV, 14].

En su libro sobre el crecimiento del cristianismo en el mundo romano, Rodney Stark ha demostrado que la solidaridad de las primeras comunidades fue el factor determinante del crecimiento de la iglesia⁴. El compromiso de los cristianos por compartir sus bienes entre todos, se constituyó en un problema para el emperador que intentaba revivificar el paganismo. Los cristianos compartían sus bienes (según el ejemplo de los Hechos de los Apóstoles). La gente humilde no iba a aceptar de nuevo el paganismo con su ética jerárquica.

Además, el imperio romano fue abatido por sucesivas plagas que afectaron a un gran número de su población. Pero los cristianos no huyeron de las ciudades sino que se quedaron para cuidar a los enfermos, incluso a los paganos. Obviamente, algunos de ellos murieron pero en promedio mucho menos que la población general. Hoy en día podemos proporcionar una explicación “natural”. Al ser expuestos a las enfermedades, los cristianos desarrollaron su sistema inmunológico. Por lo tanto, les fue posible sobreponerse a ellas. Además, el cuidado que demandaban muchas de las enfermedades causadas por las plagas era suministrar agua y limpiar a los enfermos continuamente. Con el mínimo esfuerzo era posible rescatar a muchos enfermos. La ética de solidaridad tuvo resultados impactantes. Muchos sobrevivieron gracias a la solidaridad.

He mencionado nada más que dos cosas pero bastan para demostrar que la vida solidaria con los desamparados ha tenido resultados importantes en el crecimiento del cristianismo de los primeros siglos. También podemos decir que Dios, que ha creado el mundo y lo gobierna, ha dirigido todo de tal manera que la vida solidaria, sobre todo con los marginados, sea la única manera de transformar el mundo para que la justicia y el amor lo llenen por completo. No debe sorprendernos, entonces, que esto también sea una característica de la misión de Dios, una manera concreta de actualizar su promesa de una nueva creación.

B. La misión hoy en día

Antes de hablar de nuestra misión para estos días, debemos confesar que la misión del pueblo llamado metodista no ha sido siempre

⁴ The Rise of Christianity. Princeton: 1996

determinada ni por el ejemplo de Wesley ni por el ejemplo de los primeros cristianos.

La Iglesia Metodista en Estados Unidos en el siglo XIX ha tomado una clara opción por la clase media. Hemos dado la espalda a los desamparados con demasiada frecuencia. De hecho la misión cristiana, aun la metodista, se ha involucrado en los proyectos nacionales de imperialismo y dominación. La historia de la misión en los últimos siglos ha sido, muchas veces, una extensión del intento de dominar política o económicamente a otros países, otras culturas. Así, mucha gente que se ubicó del lado de las aspiraciones de la gente marginada, encontró en la iglesia un obstáculo para trabajar por la justicia y la misericordia en el mundo.

No puedo decirles que deben hacer para ser fieles en su misión como cristianos o como metodistas. Pero puedo compartir algo que he aprendido en los últimos años de trabajar con la Iglesia Metodista en Estados Unidos.

El intento de renovar la Iglesia Metodista Unida

Mencioné antes que empecé a estudiar a Juan Wesley en México cuando tuve que dar un curso sobre sus sermones. Me comprometí a leer todo lo publicado sobre Wesley en la edición de sus obras de aquel entonces. Después de salir de México, continué con este trabajo y me tomó otro año, o más. Al recibir una invitación para presentar un texto respecto de la ética y la economía según Wesley, empecé a ordenar mis notas al respecto. Fue para mi una sorpresa encontrar que había material suficiente para escribir todo un libro. Varios años después este proyecto tuvo algo de éxito y fue publicado *“Buenas noticias a los pobres: La economía evangélica de Juan Wesley”*.

Pero lo importante de esta pequeña historia es que, a través de una serie de incidentes providenciales, los obispos de la Iglesia Metodista Unida tomaron la decisión de enfocar su trabajo como pastores/líderes de la iglesia, con un énfasis sobre “Los niños y los pobres”. Como ellos dijeron en su primer documento publicado por la iglesia, éste fue su intento por transformarla en todos sus aspectos por medio de un compromiso con la gente marginada, los desamparados de la tierra.

A lo largo de los últimos ocho años he tenido el privilegio de acompañar a los obispos como su asesor teológico; reuniéndome con ellos cuatro veces al año, predicando en conferencias anuales y conferencias de pastores en muchas conferencias en Estados Unidos y en varios países del extranjero.

Ese intento de transformar la iglesia ha chocado con una multitud de obstáculos, puesto que la Iglesia Metodista hace más de un siglo que olvidó este compromiso tan importante de la Biblia y de la herencia wesleyana. Los hábitos de las instituciones, el discurso de los seminarios, la manera de interpretar la Escritura, la manera de designar pastores, el criterio de selección de sitios para asentar nuevas iglesias y lanzar nuevas congregaciones, todo esto se determinó por una opción preferencial por la clase media. No es nada fácil transformar una denominación y sabemos que únicamente el poder del Todopoderoso puede hacerlo. Lo único que podemos hacer es insistir que tenemos que ser transformados y buscar continuamente pasos concretos que podemos hacer como pueblo llamado metodista.

Menciono esto porque hay un intento por renovar la iglesia por medio de un compromiso hacia los pobres que en parte está en marcha. El trabajo ya está produciendo frutos tanto en Estados Unidos como en muchas otras partes, puesto que la Iglesia Metodista Unida es una iglesia que incluye conferencias en África, Europa y Filipinas. Ellos también están involucrados en este trabajo de renovar la iglesia.

El mundo actual y la pérdida de la esperanza de la gente marginada

Como veremos en el próximo capítulo, Wesley reconocía que el mundo es la esfera de la acción redentora de Dios y, por lo tanto, insistía que hay que medir las estructuras del mundo usando la norma de la justicia y la misericordia. De esta manera, le fue posible condenar la guerra como una locura y una violencia sin justificación. Por eso también le fue posible condenar el sistema económico de la esclavitud, que era además una de las fuentes más importantes de prosperidad económica para su propio país. Lo mismo hizo respecto al colonialismo tanto de España en la así llamada Nueva España (o sea, México) y el colonialismo de Inglaterra en la India.

De esta manera, la esperanza de una renovación de la tierra inspirada por las promesas de Dios, le dio la posibilidad de mirar su propio mundo con ojos abiertos, le permitió oír el clamor de los desamparados de la tierra con nuevos oídos. Una parte muy importante de su misión en el mundo fue levantar su voz en contra de la injusticia y dar voz a los que habían sido excluidos.

Nuestro desafío

América Latina tiene el reto de desarrollar la misión del metodismo en el nuevo siglo. Este es un desafío enorme que puede realizarse únicamente por medio de la gracia de Dios. Por lo tanto, va a ser necesario un tiempo de oración, de estudiar la Biblia y de prestar atención a las señales de los tiempos. En esta tarea no puedo dar consejos concretos puesto que no es mi realidad cotidiana. Lo único que puedo hacer es sugerir unas líneas de pensamiento basadas en el estudio de la Biblia y de Wesley, y de la experiencia de otras iglesias en sus intentos por renovarse a sí misma y a la sociedad.

Lo más importante es esto: no existe ninguna posibilidad de renovar la iglesia sin tomar una opción muy concreta por la gente excluida de la sociedad y de la iglesia. Es importante pues preguntarse quienes son actualmente excluidos de la sociedad, quienes quedan sin voz en la nación, quienes han sido olvidados o aun marginados dentro de la misma iglesia. Pero no debemos preguntarnos esto para abrir nuevos campos de trabajo, de extensión de la iglesia, sino que lo debemos hacer para buscar la manera de dar testimonio de la voluntad de Dios, de reconciliar todo consigo mismo, o sea para dar testimonio concreto de la acción redentora de Dios en el mundo actual.

También lo debemos hacer para salir de las estructuras de este mundo que se está muriendo a causa de la división, la dominación, y la violencia económica, política, y cultural. Si no nos relacionamos con los excluidos, quedaremos dentro de los muros de seguridad del mundo y habremos perdido las esperanzas de transformarlo. Dentro de esos muros, muy pronto nos encontraremos alabando al dios de este mundo de injusticia en vez del Padre de Jesucristo. Tan fácilmente podemos caer en la idolatría.

Pero esta no debe ser la última palabra. Gracias a Dios hay otro camino. El ejemplo y la enseñanza de Juan Wesley pueden animarnos a descubrir este otro camino para que seamos, como un movimiento y como una comunidad, partícipes en la misión redentora de Dios. Él nos da el gran privilegio de ser sus instrumentos, llevando las buenas noticias de su amor hacia un mundo que está muriendo por falta de una esperanza bien fundada.

El mundo afuera de estos muros está esperando oír algo de nosotros que puede prender la luz en tiempos oscuros. Somos llamados a ser levadura y sal, velas en las tinieblas. Y no estamos solos. Tenemos la promesa de Dios, tenemos la presencia de Cristo Jesús, y recibimos el poder y el compañerismo del Espíritu Santo.

Capítulo 3. La Cosmovisión de Juan Wesley

El objetivo de estas páginas es reflexionar sobre la relación entre la doctrina y misión wesleyana, y nuestra identidad y compromiso como metodistas en el nuevo siglo que apenas ha comenzado. La pregunta que encontramos es ¿cómo relacionar nuestra herencia wesleyana con el mundo actual, como para desarrollar identidad y misión dignas del evangelio?

A. Wesley en su Mundo

Wesley era un hombre de la Inglaterra del siglo XVIII. En eso residen sus limitaciones y su importancia. Limitaciones evidentes ya que no estamos en ese siglo y tampoco en Inglaterra. Muchas cosas han cambiado doscientos años después de su muerte: los medios de transporte, (en vez de caballo, trenes, autos, aviones); los medios de comunicación (televisión, teléfono, correo electrónico); ciudades con millones de habitantes en lugar de miles. Enfrentamos peligros diferentes, oportunidades distintas, como si fuera otro mundo por completo.

Estamos, dicen, al final de la modernidad. Wesley estuvo en los principios del mundo moderno. Sin embargo, a pesar de las diferencias enormes entre nuestra situación y la suya, compartimos algunos elementos claves de lo que podemos llamar su cosmovisión.

Wesley vivía en el mundo que comenzó a experimentar el capitalismo, que ha crecido enormemente y sigue en el mismo camino. Él vivía en un mundo en el cual era difícil saber lo que estaba pasando en China, América o India. Nosotros vivimos en un mundo globalizado. Al instante recibimos noticias de lugares y culturas muy lejanos. Wesley vivía en un mundo dominado intelectualmente por la ciencia. Nosotros también. De hecho, el desarrollo de las ciencias y su manera de dominar la vida a través de la tecnología es una extensión de lo que apenas era un embrión en

los días de Wesley. De muchas maneras nuestro mundo es una extensión de su época.

Pero lo más importante es que Wesley era un hombre bien ubicado en su mundo, en su época. Tenía una curiosidad insaciable por la ciencia, por la historia y la sociedad. A pesar de su concentración en el Evangelio, o tal vez por esta causa, Wesley sintió la necesidad de entender su mundo lo mejor posible. Muchos piensan que para ser cristiano es necesario aislarse del mundo actual, que no es posible juntar piedad con la modernidad. Pero Wesley era profesor en la universidad y un evangelista piadoso. Wesley reunía estas dos dimensiones de la vida muy bien. Cabe mencionar unos ejemplos.

Wesley tenía un deseo insaciable por entender otras culturas, otras historias, incluso otros idiomas. Dentro de sus obras se encuentran libros sobre gramática que escribió o redactó en varios idiomas como griego, hebreo, latín, pero también alemán, francés y castellano. Los escribió y publicó para la educación de los niños y niñas pobres. Al leer su diario y sus cartas uno encuentra que Wesley leía cientos de libros sobre otras culturas, estaba bien informado de lo que había sucedido o sucedía en culturas lejanas.

También estudiaba todo lo que se publicaba sobre las ciencias. Una de sus pasiones era la medicina. Combinó este interés con el sistema experimental para entender el mundo. De allí su intento por desarrollar un método para aplicar la electricidad (descubierta por Benjamín Franklin) a las enfermedades de la gente pobre. El libro más publicado durante su vida fue uno de medicina natural editado para ayudar a los que no podían acceder a tratamientos costosos o no podían concurrir a los médicos. Además, estudiaba biología y física, y publicó un libro resumiendo todo lo que sabían los científicos de aquel entonces respecto del mundo natural. Según Wesley, el propósito era ayudar a la gente a alabar a Dios, el creador de la naturaleza en toda su grandeza.

Además estudiaba todo sobre política y economía. En aquel entonces estas ciencias humanas eran parte de la facultad de filosofía y Wesley era un estudiante de la filosofía de su tiempo. Encontramos entre sus obras comentarios bien informados respecto de asuntos de la política de sus días, incluso sobre la teoría y práctica de los derechos humanos, y un entendimiento de la política respecto de los impuestos y el mercado. Todo esto se relaciona con su interés por la filosofía del empirismo, en especial de John Locke.

Wesley estaba convencido de la importancia de llegar a entender las cosas por los métodos de observación, de sistematizar datos, de experimentar. Obviamente, esto es la base del método de las ciencias

modernas, pero también fue el método que empleó en asuntos de religión, y de crecimiento espiritual.

¿Cómo fue posible combinar todo eso con su énfasis en la Biblia, y su enfoque en la vida cristiana?

B. El mundo como esfera de la acción redentora de Dios

Una forma de poder entender las causas de esta cosmovisión amplia y abierta que poseía Wesley es considerando su entendimiento teológico sobre el destino del mundo creado por Dios. Veremos entonces algo de su pensamiento maduro acerca de la transformación del mundo entero por la acción de Dios. Luego veremos como este pensamiento está fundido en un estudio de la Biblia y después consideraremos algunas aplicaciones para nuestras reflexiones hoy día.

Los Sermones de Wesley

Desde el inicio de su ministerio, Wesley se concentró sobre la acción redentora y transformadora de Dios en el ser humano. Esta acción redentora era considerada como la restauración de la imagen de Dios en el ser humano.

Por lo tanto, una parte esencial de su pensamiento fue descubrir la relación entre el ser humano y la acción de Dios; entre la creación del mundo y la necesidad del ser humano de recuperar la imagen de Dios perdida o gravemente dañado por la caída.

La acción redentora de Dios, entonces, debe ser entendida desde el punto de vista de la acción creadora de Dios. La acción redentora de Dios tiene, por lo tanto, como horizonte la creación del mundo y una nueva creación requerida a causa de que la primera quedó desfigurada por la caída del mundo en el pecado.

En cierto sentido este horizonte de entendimiento de la transformación del ser humano depende de una lectura de la carta de San Pablo a los Romanos. En el capítulo cinco, San Pablo explica que la acción redentora de Dios por medio de Jesucristo es una respuesta a la caída de Adán, y luego, en el capítulo ocho indica que la esperanza de una transformación de la vida cristiana (la justificación por la fe) tiene que ser entendida como el comienzo de la transformación del mundo entero. Dice pues:

“La creación espera con gran impaciencia el momento en que los hijos de Dios sean dados a conocer. Porque la creación perdió su verdadera finalidad, no por su propia voluntad, sino porque Dios así lo había dispuesto; pero le quedaba siempre la esperanza de

ser libertada de la esclavitud y la destrucción para alcanzar la gloriosa libertad de los hijos de Dios”. [Romanos 8: 19-21]

Lo que se expresa aquí es que la transformación de la vida del ser humano por la gracia de Dios está relacionada con la transformación de la creación misma.

Después de haber enfocado tanto su pensamiento sobre la vida personal de los cristianos, Wesley vio la importancia de ubicar esta transformación en el contexto de la renovación de la creación toda. Por ese motivo, comenzó a editar unos sermones en los que hablaba sobre el tema de la gran transformación o redención. Uno de estos sermones es “La Nueva Creación” N° 64, Obras IV 19-30. En este sermón Wesley reflexiona sobre las únicas palabras atribuidas al ‘que estaba sentado en el trono’: “*He aquí, yo hago nuevas todas las cosas*” (Apocalipsis 21:5). Lo interesante de este sermón son las ideas que expresa sobre la transformación de los cielos y de los elementos de la tierra. Por ejemplo “*no habrá cometas*” (p. 22) tampoco huracanes ni meteoritos. Sobre el fuego dice “*Probablemente mantendrá su poder vivificador, aunque librado o privado de su poder destructor*” [23]. Habla también de la relación entre el ser humano y la tierra: “*La humanidad podrá obtener todo lo que brinda la tierra con métodos más fáciles y rápidos*” [25]. De esta manera, Wesley señala que el hombre seguirá siendo trabajador pero sin “labor” (así como en el jardín del Edén). Finalmente, habla sobre la creación animada que en nuestra época queda sujeta a la muerte: “*Todos los seres vivos fueron sujetos a la muerte, ese monstruo salvaje que aniquila todo cuanto respira, y su precursor, el dolor, en sus mil manifestaciones*” [28]. Y continúa: “*¡Triste destino de incontable multitud de seres que por insignificantes que parezcan son hijos del mismo Padre, criaturas de un mismo Dios de amor!*” [28]. Podemos ver a través de este pasaje que su pensamiento está gobernado por su comprensión de la naturaleza de Dios como amor hecho creación, y que su pensamiento y simpatía se extiende hacia toda criatura que se encuentra bajo el cielo. Y todo esto dentro del horizonte de la promesa de Dios: “*En la nueva tierra ninguna criatura matará, lastimará o hará sufrir a otra*” [28] (Isaías 11:6,9). Ahora podemos ver que el estudio de la naturaleza, la física y la biología representan una confianza total en que el mundo es creación de Dios, ahora sujeta a la muerte pero destinada a una renovación total: una nueva creación.

Hay otro sermón en el que enfatiza aún más sobre la transformación de este mundo y de todos sus seres vivos. *The General Deliverance* (#60), o en español “La liberación total”.⁵

En este sermón, Wesley trata del destino de los animales y de la relación entre ellos y los seres humanos. Explica que:

“Durante esta época de la vanidad, no únicamente las criaturas más débiles son destruidas constantemente por las más fuertes, ni las poderosas son destruidas por los de fuerza igual, sino que ambos quedan expuestas a la violencia y crueldad del que es su enemigo común: el ser humano”. [Works p. 251]

Y también dice que hay una enorme diferencia *entre lo que sufren de otras criaturas y lo que sufren del tirano humano*. [248]. El sufrimiento de los animales puede ser entendido como una objeción a la bondad de Dios su creador. Entonces Wesley afirma:

“Esta objeción desaparece si consideramos que algo mejor les queda después de la muerte aun para estas criaturas también: ellos también serán liberados de su esclavitud a la corrupción”. [251]

De allí Wesley desarrolla sus ideas sobre la extensión de la resurrección aun a las criaturas animales y su renovación total con toda la tierra. De esta manera, acepta y desarrolla la enseñanza de la iglesia antigua sobre la resurrección de la tierra y de toda la naturaleza por medio de la gracia bondadosa de Dios. Lo que Wesley está diciendo es que la bondad de Dios, el Dios de Amor, se extiende sobre todo lo que ha sido creado. Entonces el mundo entero, incluso la naturaleza, debe ser una expresión de la bondad de su benevolente Creador.

A pesar de algunas ideas algo especulativas y que pertenecen a otra etapa del conocimiento científico, lo esencial para nosotros es que Wesley intentó entender todo dentro del horizonte de la bondad de Dios.

Además, nos muestra la intención de entender el mundo no sólo como esfera de la creación, sino también como esfera de la redención.

Por lo tanto, el enfoque en la acción redentora de Dios no implica en absoluto dejar atrás el mundo en sí. Claro que es necesario dejar

⁵ Desafortunadamente no se encuentra este sermón entre los traducidos en español. [Cabe notar que en las Obras se encuentran 78 de los 151 sermones de Wesley, o sea aproximadamente la mitad.]

atrás el “mundo como esfera del pecado”, del sufrimiento, porque Dios va a cambiarlo, transformarlo, redimirlo.

La cosmovisión profética

El énfasis de Wesley en nuestro mundo como esfera de la redención de Dios puede parecer un poco raro dado que muchos piensan que hablar de la redención personal implica un olvido del mundo actual y real. Para entender este énfasis totalizador es preciso ver sus bases bíblicas, sobre todo en la tradición profética.

No podemos examinar todos los pasajes de los profetas que hablan de la transformación de la tierra pero cabe mencionar algunos pasajes de Isaías al respecto. La visión del cambio de la naturaleza mencionado por Wesley se encuentra por ejemplo en el capítulo once de Isaías. Después de hablar de la venida y el carácter del Mesías, Isaías continúa así:

“Entonces el lobo y el cordero vivirán en paz, el tigre y el cabrito desbancarán juntos, el becerro y el león crecerán uno al lado del otro, y se dejarán guiar por un niño pequeño. La vaca y la osa serán amigas, y sus crías descansarán juntas. El león comerá pasto, como el buey. El niño podrá jugar en el hoyo de la cobra, podrá meter la mano en el nido de la víbora. En todo mi monte santo no habrá quien haga ningún daño porque así como el agua llena el mar, así el conocimiento del Señor llenará todo el país (toda la tierra)”. [Isaías 11:6-9]

Es importante notar que el conocimiento del Señor es la base de la transformación, no sólo de los corazones de los seres humanos sino también de la transformación de las relaciones entre las bestias. Además, la transformación o la redención esperada por la venida del Mesías, tiene que ver con nuestra tierra, hasta la transformación del comportamiento de los animales. No caben dudas de que la promesa de Dios tiene que ver con la realidad del mundo, incluyendo todo lo que ha sido creado por Dios.

Esta visión del mundo se encuentra otra vez al final del mensaje del libro de Isaías en el capítulo sesenta y cinco con un resumen de la visión acerca de la naturaleza:

“El lobo y el cordero comerán juntos, el león comerá pasto, como el buey, y la serpiente se alimentará de tierra. En todo mi monte santo no habrá quien haga ningún daño, el Señor lo ha dicho”. [Isaías 65:25]

Pero en este pasaje también nos encontramos con la presencia de la justicia entre los seres humanos:

“Allí no habrá niños que mueran a los pocos días, ni ancianos que no completan su vida. Morir a los cien años será morir joven. La gente construirá casas y vivirá en ellas, sembrará viñedos y comerá sus uvas. No sucederá que uno construya y otro viva allí, o que uno siembre y otro se aproveche. No trabajarán en vano, ni tendrán hijos que mueran antes de tiempo.” [Isaías 65:20-23]

Aquí la visión de la renovación de la tierra implica también la transformación de la vida del ser humano. La visión proporcionada por el profeta corresponde al anhelo de los seres humanos, especialmente el anhelo de la gente pobre que construye casas para los ricos, que siembra terrenos para otros dueños, que mira la muerte de sus niños por enfermedades y hambre. La promesa de Dios corresponde, pues, a los anhelos de la gente humilde de la tierra. Y todo eso tiene su base en la visión de una renovación total: *“Miren, yo voy a crear un cielo nuevo y una nueva tierra”* [Isaías 65:17].

Precisamente porque Dios es el creador del mundo, Él va a redimir a su mundo, o sea a su creación entera. Dentro de este horizonte de transformación de la tierra se encuentra también la renovación del ser humano, de sus relaciones con los demás, conduciendo a una manera de vivir en paz con los otros seres humanos, con la tierra y con los demás seres creados por Dios.

Precisamente esta renovación o redención de la tierra en su totalidad es el trasfondo de la última visión de la acción de Dios que encontramos en la Biblia, la visión de Juan en el Apocalipsis. El pasaje citado por Wesley en su sermón dice: *“El que estaba sentado en el trono dijo, ‘Yo hago nuevas todas las cosas’”* [Ap. 21:3]. Esto quiere decir, como menciona el profeta cristiano, *“un cielo nuevo y una tierra nueva”* [Apocalipsis 21:1], e incluye la visión de Dios habitando con el ser humano:

“Dios vive ahora entre los hombres. Vivirá con ellos, y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios. Secará todas las lágrimas de ellos, y no habrá muerte ni llanto, ni lamento ni dolor.” [Apocalipsis 21:3-4]

Esta visión de la renovación de la tierra sigue siendo esencial en la Biblia. Por eso San Pablo puede decir que toda la creación espera la transformación total, una transformación que empieza ahora, con la transformación de la vida de los que experimentan la transformación de sus existencias por la gracia de Dios y el amor divino.

Aplicación a nuestra situación

¿Qué implicancias tiene esta cosmovisión tan amplia que se extiende hacia toda la creación o sea toda la naturaleza? Obviamente, esta cosmovisión proporciona un espacio amplio para tomar en cuenta a las ciencias como instrumentos para entender el mundo entero en su racionalidad, como expresión de la acción de Dios como creador. Esto puede explicar el interés de Wesley en el mundo y en las ciencias.

Tal vez aún más importante es que entendía a la naturaleza en sus relaciones y conexiones como lo que hoy llamamos la ecología. Un ser humano que aspira a ser la imagen de Dios renovada debe mostrar una actitud hacia las demás criaturas conforme a la de Dios mismo. Esto también implica una relación entre la renovación de la naturaleza y del ser humano, el vivir con justicia con los demás y el vivir en paz con las criaturas del mundo. Hoy día esto es aun más claro que en aquellos días. Porque ahora sabemos que la destrucción de la tierra y sus criaturas está relacionada con la injusticia de una economía que daña al planeta y destruye el equilibrio de la naturaleza. La explotación de la tierra y la explotación de la gente están muy relacionadas. Ambas muestran la tiranía del ser humano que quiere dominar a sus semejantes y al planeta mismo.

C. La crítica a las naciones

Después de la visión del mundo como esfera de la transformación total, ¿de qué manera debemos relacionarnos con el mundo actual? Sabemos que no está lleno de paz, de justicia o de amor. Por el contrario, se caracteriza por la violencia, la injusticia y el rencor. De hecho, una de las funciones de las visiones proféticas del mundo transformado, es precisamente ayudarnos a ver el mundo actual en su contraste con el mundo prometido. La visión de la justicia nos ayuda a diagnosticar la falta de justicia. La visión del amor nos ayuda a ver más claramente el mundo saturado de rencor, de resentimiento, de odio. La esperanza fundada en la promesa de Dios no nos deja satisfechos con el mundo tal como está; al contrario, nos hace ver la distancia que existe entre una santa inquietud y ansiedad. Obviamente esa era la esperanza profética. Sus visiones de la justicia y la paz sirvieron de estímulo para condenar a la injusticia como idolatría, como el abandono del Dios de la justicia. También para Wesley, la visión de un mundo redimido del sufrimiento le ayudó a

criticar su mundo conocido como esfera de la injusticia. Veamos entonces esta relación un poco más detenidamente.

Los profetas

El mismo profeta Isaías que hablaba de la nueva creación de Dios fue también el que enfrentó la injusticia de una nación que se veía a sí misma como pueblo de Dios. En su primer oráculo o sea sermón profético, Isaías dice:

“¡Lávense, límpiense! ¡Aparten de mi vista sus maldades! Dejen de hacer el mal! ¡Aprendan a hacer el bien, esfuércense en hacer lo que es justo, ayuden al oprimido, hagan justicia al huérfano, defiendan los derechos de la viuda!” [Isaías 1:16-17]

Isaías también habla sobre los poderosos: *“Tus gobernantes son rebeldes y amigos de bandidos. Todos se dejan comprar con dinero y buscan que les hagan regalos* (parece que la política no ha cambiado mucho en el transcurso de los siglos) *No hacen justicia al huérfano ni les importan los derechos de la viuda”* [Isaías 1:23]. Precisamente porque el profeta sabe que Dios quiere brindar justicia a su mundo, que la voluntad de Dios es justicia y misericordia para todos, especialmente para los vulnerables y empobrecidos, y que esto es lo que Dios realmente va a hacer aún dentro de la historia, por eso el profeta condena la falta de justicia, la ausencia de generosidad, la violación de la gente más vulnerable de la sociedad de aquel entonces.

Por lo tanto, el profeta en el capítulo diez dice:

“¡Ay de ustedes, que dictan leyes injustas, y publican decretos intolerables, que no hacen justicia a los débiles ni reconocen los derechos de los pobres de mi pueblo, que explotan a las viudas, y roban a los huérfanos! ¿Qué harán ustedes cuando tengan que rendir cuentas?” [Isaías 10:1-3]

Precisamente, porque Isaías supo muy bien quién es realmente Dios, el Dios creador y gobernador verdadero del mundo, el Dios que quiere llenar su creación con justicia y conocimiento del Señor, es por eso que denuncia la falta de la justicia en su nación y en su mundo histórico. Sería importante también mostrar la conexión entre la esperanza en la acción redentora de Dios y la denuncia de la injusticia histórica por parte de varios de los profetas, pero lo dicho debe ser suficiente para demostrar que la cosmovisión de los profetas incluía la transformación del mundo entero, incluso el mundo de las naciones.

Wesley

El mismo Wesley que hablaba de la transformación del mundo también sabía muy bien que el mundo actual no era como en el inicio ni como va a ser al final de la obra de Dios. Usaba la retórica de los profetas para condenar la injusticia en su propio mundo. Dentro de Inglaterra, veía la explotación de los pobres por parte de los que fabricaban y les vendían ginebra. Y les decía:

“¿Cuál es su ganancia? ¿No es la sangre de estas personas? ¿Quién, entonces, podrá envidiarles sus grandes propiedades y suntuosos palacios? Hay una maldición en medio de ellos: la maldición de Dios adherida a las piedras, a la madera, al mobiliario de ellos. La maldición de Dios está en sus jardines, en sus sendas, en sus arboledas; un fuego que calcina al más bajo de los infiernos. Sangre, sangre hay allí. ¡Los cimientos, el piso, las paredes, el techo, todo está manchado de sangre! ¿Y puedes tener esperanza, oh hombre sanguinario, aunque estés vestido de púrpura y de lino fino y hagas cada día banquete con esplendor? ¿Puedes esperar dar en herencia tus campos de sangre hasta la tercera generación? De ninguna manera, porque hay un Dios en el cielo. Por lo tanto, pronto tu nombre será borrado, como aquellos a quienes tú has destruido, cuerpo y alma, tu memoria perecerá contigo.” [“El Uso de Dinero” Obras III p 227-8]

Pero Wesley no restringió su condena a los que fabricaban alcohol barato para los pobres. También condenó la práctica de los abogados, los médicos y los farmacéuticos. Por ejemplo dice:

“Y, aunque sea en un grado menor, ¿no son partícipes de la misma culpa, ya sean cirujanos, boticarios, o médicos quienes juegan con las vidas o la salud de las personas para aumentar su propia ganancia?” [Obras III p. 228]

En la época de Wesley, las Torres Gemelas de la economía de Inglaterra eran el comprar y vender esclavos y el colonialismo en la India. Claro que criticaba al colonialismo español, sobre todo su manera de tratar a la gente indígena de América. Pero no sólo criticaba el colonialismo de otro país, de otro imperio. Al contrario, fue especialmente feroz en su crítica a su propio país. Entre los muchos pasajes de sus sermones en los que critica al colonialismo, mencionaré solo dos. En su sermón sobre “Una advertencia contra el fanatismo”, Wesley dice:

“Sería deseable que solamente los paganos hubiesen practicado esas obras burdas y palpables del Diablo... Aun en cuanto a crueldad y derramamiento de sangre, ¡cuán pequeña es la distancia a la cual los cristianos vamos detrás de ellos! Y no solamente los españoles y los portugueses, matando a miles en Sudamérica. No sólo los holandeses en las Indias Orientales, o los franceses en América del Norte, siguiendo paso a paso a los españoles. Nuestros propios compatriotas también se han revolcado en la sangre y han exterminado naciones enteras.” [#38, Obras II p. 386]

En uno de sus ensayos “Palabras Oportunas a los habitantes de Gran Bretaña”⁶, escrito varios años después del sermón, en el que reflexiona sobre la rebelión de las colonias de Gran Bretaña en 1776, Wesley toma en cuenta las pérdidas de vida y los costos a la economía que lastimaban a Gran Bretaña y dice:

“Como somos castigados por la espada, ¿no es probable que el pecado principal de nuestra nación sea la sangre que hemos derramado en Asia, África y América? Aquí les llamo su atención observando que... la mercancía de esclavos africanos es iniquidad desde el principio hasta el fin. ¡Es el precio de sangre, es el comercio de sangre, y este comercio ha manchado a nuestro país con sangre!” [Works, XI, p.125]

Wesley podía también ver muy claramente que el comercio de esclavos estaba relacionado con la política colonial en la India:

“¿Será mejor el comerciante en Asia? Temo que no. Parecen semejantes. Aunque no haya esclavizado a los habitantes sin embargo la iniquidad refinada practicada allí, provocando la guerra entre la gente indígena mientras propician el mayor saqueo, ha sido muy obvio a la gente seria y atenta. ¿Cuántos millones han fallecido, además por hambrunas provocadas para aumentar el precio de los alimentos? ¡Oh tierra, no cubras su sangre! Su sangre clamará a los cielos y a la posteridad por siempre.” [125-6]

El día de hoy

Nuestro mundo no es el mismo que el de Inglaterra en el siglo XVIII, menos aún el de la misión de Jesús. De muchas maneras el mundo ha

⁶ Desafortunadamente no se encuentra dentro de las Obras traducidas pero se encuentra en Vol XI of Works.

cambiado. Pero sigue siendo el mundo dentro del cual la mayoría de la población sufre por las acciones de los poderosos. Sigue siendo un mundo en el cual unos pocos guardan riqueza mientras millones mueren de hambre.

Ahora la economía de los países grandes no depende de la esclavitud, ni del colonialismo que caracterizó al imperio de Babilonia o al de Inglaterra o al de España. Pero la economía global reforzada por una fuerza militar sin igual en la historia del mundo, tiene dentro de su alcance medidas de dominación y explotación casi incomprensibles.

Es muy importante que los líderes del pueblo de Dios, sean capaces hoy de analizar el mundo en el cual quieren anunciar el Evangelio del amor de Dios para con su creación.

Es preciso que el pueblo llamado metodista tome conciencia, como lo hizo Wesley, en su tiempo sobre la manera en que los acuerdos de comercio y la búsqueda de ganancias enormes tienen como resultado el empobrecimiento y la miseria de cientos de millones y la muerte de millones de los más vulnerables cada año. No podemos dejar esta tarea a las instituciones seculares porque somos llamados a ser voces proféticas en contra de la idolatría que reclama el sacrificio diario de niños y niñas en el altar de Mamón.

Mucha gente piadosa simplemente acepta el mundo tal como es, sin la esperanza de que sea cambiado. Así dirigen sus esperanzas en la salvación de almas, y de unas pocas almas. Su visión queda restringida al mundo interior, personal, individual. Piensan que no es nuestro deber de cristianos analizar el mundo social, nacional, global a la luz del Evangelio, a la luz de las promesas de Dios. Y, por lo tanto, el Dios del que hablan es un Dios que ha abandonado a su suerte a su creación, a su mundo. No, éste no es el mismo Dios que fue conocido ni por Wesley ni por la Biblia.

San Pablo nos ha dicho que *“la creación espera con gran impaciencia el momento en que los hijos de Dios sean dados a conocer”* [Romanos 8:19] y también que *“sabemos que hasta ahora la creación se queja y sufre como una mujer con dolores de parto”* [Romanos 8:22]. El mundo entero está esperando con ansias que las promesas de Dios se cumplan. Las Buenas Nuevas de lo que Dios ya ha hecho mediante Jesucristo no trata sólo sobre unas cuantas almas, sino que es una Buena Noticia para el mundo, para el planeta, para las naciones. Como cristianos somos encargados de llevar la luz de la esperanza a este mundo.

La clave de nuestra herencia wesleyana es que poseemos una cosmovisión adecuada a esta tarea. Un mensaje totalizador que incluye a toda la creación tierra como esfera de la acción redentora de Dios ya comenzado en la misión, ministerio, muerte y

resurrección de Cristo Jesús. El motivo de estudiar a Wesley no es por razones netamente institucionales ni sentimentales, sino para que aprendamos de su ejemplo la importancia de entender nuestro propio mundo como el horizonte dentro del cual tenemos que anunciar y construir el Evangelio del Reino de Dios.

El mundo espera con ansias saber si realmente hay Palabra del Señor. Los que sufren bajo el poder de los sistemas de explotación y viven en la oscuridad de la desesperación, tienen que recibir la seguridad de que Dios está actuando para cumplir su promesa de un mundo lleno de justicia y misericordia. Las naciones que viven ahora bajo el signo de la dominación, la enemistad y la violencia tienen que oír la palabra que Dios está gritando, los caminos que está abriendo hacia la paz verdadera. Y aquellas personas que se han amoldado a este mundo tal como es, recibirán la noticia de que Dios está actuando y está listo para obrar en sus vidas, para transformarlas, que vuelvan a ser imágenes verdaderas de su amor.

Capítulo 4. Desafíos para la teología wesleyana

Cuando Wesley declaró que el mundo era su parroquia, quiso decir que su mandato para anunciar las Buenas Nuevas a los pobres y excluidos no podía estar limitado por las fronteras de las jurisdicciones eclesiásticas celosamente guardadas, ni tampoco por los límites que separaban a una parroquia de otra, a una diócesis de otra; límites que dividían al cristianismo de su tiempo en regiones separadas, gobernadas por intereses particulares. Con aquella frase estaba anunciando su libertad –y la de los metodistas– para ir donde se sintieran impulsados y necesitados por obediencia al Evangelio.

Esa frase se utilizó durante los años posteriores para referirse a la misión global que impulsó al movimiento misionero de evangelización en otras tierras. Sin embargo, hoy, esta frase puede tener un significado e importancia diferente para nosotros que enfrentamos los desafíos del nuevo milenio, tres siglos después del nacimiento de Wesley.

Cada vez se hace más claro que el mundo en el que vivimos es una sola y compleja sociedad con muchas culturas, muchos intereses y perspectivas, pero en la que estamos comenzando a estar unidos por las tecnologías que nos hacen tan vulnerables y mutuamente dependientes.

Decir que el mundo es nuestra parroquia, también significa ir más allá del marco de la misión original wesleyana para encontrar nuevos desafíos, nuevas dificultades y nuevas oportunidades, aunque con el mismo compromiso con el Evangelio, la misma preocupación por anunciar y establecer las Buenas Nuevas de Dios en todas las áreas de la vida.

Los desafíos que hoy enfrentamos son muchos y complejos, pero en esta ocasión quiero concentrarme solamente en tres que me parecen especialmente urgentes.

Religiones

Primero me quiero referir al desafío del pluralismo religioso. Después de Wesley, el movimiento metodista se unió al resto del cristianismo en una visión imperialista de la religión al suponer que tenían que enfrentar las otras tradiciones religiosas con el solo objeto de que se arrepintieran y creyeran en el Evangelio. Así, en lugar de compartir el Evangelio, se imponían los valores promovidos por los intereses del imperio, del capital, y de la hegemonía cultural.

Hoy vemos más claro los peligros que provoca la arrogancia religiosa cuando se usa la religión tanto para impulsar a terroristas suicidas,

como para justificar actos de fuerza unilateral de parte de un superpoder global.

En su tiempo, Wesley confrontó la tentación de ver a las otras religiones simplemente como formas inferiores de idolatría, para descartarlas tan pronto como fuera posible, y así remplazarlas por los valores de la civilización cristiana. Fue un observador muy crítico de su propia sociedad. No consideraba que los valores de la denominada civilización cristiana fueran una bendición exclusivamente; en especial, porque estaba bastante conciente del materialismo, la arrogancia y la superficialidad de estos valores. Es por eso que pudo ver a las otras tradiciones religiosas y culturales como más compatibles con el Evangelio que su propia sociedad inglesa. Wesley nos ilustró acerca de la importancia de tomar seriamente las otras culturas y tradiciones religiosas, buscando aprender de ellas.

Uno de los ejemplos más interesantes de esa actitud se encuentra en la explicación que dio para su viaje al nuevo mundo como misionero: dijo que quería ir a Georgia para aprender cómo los pueblos originarios vivían de acuerdo con las normas del libro de los Hechos (capítulos 2 y 4) que hablan sobre la comunidad de bienes. En una carta fechada el 10 de octubre de 1735, indica que se necesitaba sencillez en la predicación para dirigirse a estos pueblos y que su propia simplicidad en la comprensión de las cosas los llevaría a entender la sencilla pureza del Evangelio. Wesley dice: “*Espero aprender el verdadero sentido del Evangelio de Cristo al predicarlo a los paganos*”. Podemos ver que supone que la ausencia de una especulación filosófica y una mentalidad partidista de éstos los capacitará para “*saber si una doctrina que yo predique sea de Dios*”. Además, como resultado de esta mutua interacción con ellos, “*espero aprender la pureza de esa fe que una vez fue entregada a los santos.*” [Obras XII, p. 38].

Pero Wesley estaba interesado en aprender algo más que la mera doctrina correcta; también esperaba aprender a practicar el cristianismo en el que creía. Viviendo entre esos pueblos esperaba, como ellos, ser capaz “*sin ofender, de vivir de agua y los frutos de la tierra*”. Todavía más importante, esperaba poder aprender “*que como los primeros seguidores [de Jesús] tenían todas las cosas en común*”. Y, enfatiza, “*Qué gran defensa hay aquí en contra de esa raíz del mal que es el amor al dinero, y contra todas las viles atracciones que de ahí brotan*” [Obras XII, p. 39]. Lo más notable es que Wesley imaginó que esa era la forma de conversión de un verdadero cristiano, tanto en pensamiento como en la práctica. No se

ve a sí mismo como el que viene a traer la sabiduría occidental, sino como alguien que viene a compartir y aprender.

Con esta actitud puso en evidencia las justificaciones con las que se pretendía legitimar el tráfico de esclavos africanos, cuyo monopolio había pasado, en esos años, de Portugal a los mercaderes británicos. Wesley combatió los argumentos ampliamente difundidos acerca de la inferioridad de los africanos intentando así destruir la legitimación de ese comercio.

Para Wesley, los pueblos de África eran modelo de vida en armonía con la naturaleza y las otras criaturas. Escribe en su tratado:

“Pensamientos sobre la esclavitud: parece que Guinea (el nombre de aquel entonces para toda la costa occidental de África), en general está lejos de ser un horrendo, agotado, y árido país, sino que es uno de los más fructíferos, como el más placentero de los países en el mundo conocido.” [On slavery, 61]

Hablando de los Fulani de Senegal y Nigeria dice: *“no quieren más tierra de la que usan, y que cultivan con gran cuidado y diligencia”* (ibid. 62). También habla de la notable justicia de las costumbres de los pueblos y de su consideración por los pobres y los enfermos, y concluye:

“Los negros que habitan la costa del África, desde el río Senegal hasta la frontera del sur de Angola, están lejos de ser los estúpidos, sin sentido, brutos, holgazanes, bárbaros, fieros, crueles y pérfidos salvajes como han sido descritos; por el contrario, son representados como notablemente sensible, trabajadores hasta sumo grado, tal vez más que cualquiera de los otros nativos de climas tan cálidos; y eran rectos, justos y honestos en todos sus tratos, hasta que los hombres blancos les enseñaron a ser de otra manera; y son más apacibles, amistosos, y amables con los extranjeros, que cualquiera de nuestros antecesores lo ha sido.” [ibid.]

Wesley usa otra comparación, esta vez no con los antecesores europeos, sino con el estado en que están las cosas en el “ilustrado” occidente, y dice:

“¡Nuestros antecesores! ¿Dónde podremos encontrar en este tiempo, entre los nativos carapálida de Europa, una nación que practique la justicia, misericordia y honestidad, que con tanta frecuencia se encuentra entre estos pobres africanos?” [ibid. p. 65]

Hay que destacar que “la justicia, misericordia y honestidad” son las características que Wesley asocia con frecuencia con la imagen renovada de Dios. Es claro que estaría de acuerdo en que hay mucho por aprender de la vida y costumbre de los pueblos del África.

Estos ejemplos del pensamiento de Wesley del siglo XVIII pueden ser relevantes para nosotros en este siglo. Años atrás, estuve predicando en la conferencia anual de Malasia, y me impactó la manera en que los *oranasli*, los pueblos indígenas de Malasia, eran ejemplos de muchas de las virtudes que Wesley había descripto sobre los pueblos de América y África. Fue muy claro en ese momento la importancia de ese ejemplo para quienes estaban comprometidos con la obra de la Iglesia Metodista en aquel país, para que pusieran más atención a los valores de esas culturas; estar dispuestos, no sólo a enseñarles sino compartir con y aprender de ellas.

En aquellos tiempos de mentalidad misionera colonial era imposible hacer esto. Las tradiciones de los pueblos se consideraban como supersticiones, como si no tuvieran algo que enseñarnos con respecto a la vida en comunidad y a lo sagrado. Un acercamiento auténticamente wesleyano sería buscar la manera de aprender humildemente de estas tradiciones que los cristianos de ayer, con mentalidad eurocéntrica pretendieron borrar, y permitir que ahora ellas nos guíen, para descubrir nuevas dimensiones del Evangelio y de la vida cristiana.

Ecología

Un segundo desafío que enfrenta hoy la teología wesleyana es la creciente crisis ecológica que, en parte, es impulsada por la falta de consideración por la naturaleza, y por la idea de que está para ser explotada para satisfacer las necesidades de los seres humanos.

Algo que caracterizó el pensamiento de Wesley, y que lo llevó a chocar fuertemente con las perspectivas que reinaban en aquel entonces, tanto en los círculos teológicos como en los de la filosofía de la ilustración en los que se movía, fue precisamente su conciencia de que la tierra y sus criaturas eran una parte esencial de la economía divina de la salvación.

Tanto Wesley como sus contemporáneos, le daban una gran prioridad al ser humano. Y, como teólogo, también la transformación producida por la relación personal con Dios. Pero, a diferencia de la mayoría, estaba menos inclinado a separar al ser humano de lo que nosotros denominamos: la conexión corporal con otros seres humanos y con la naturaleza misma. Wesley no veía a los individuos como átomos desconectados de los otros seres humanos. Tanto el

pecado como la redención tienen que ver precisamente con esta red de conexiones.

Esta es una de las razones por las que estaba preocupado por lo que he llamado la *economía evangélica*, porque la economía es la manera en que más concretamente estamos relacionados el uno al otro, a la tierra y a todas las otras criaturas de este mundo: el trabajo nos une con la tierra; el intercambio y la división del trabajo nos une con el prójimo. Y si el pecado y la redención están profundamente unidos a la realidad humana, entonces lo que está comprometido es precisamente la transformación de estos elementos básicos de la condición humana. Esta transformación es *santidad bíblica*, su poder motivador es el Espíritu divino, su campo de trabajo la obra de Dios en Cristo, y su fin la nueva creación.

Lo que se puede denominar “materialismo” o “naturalismo evangélico” encuentra su expresión en esta reflexión de Wesley sobre la caída y sobre la meta de la redención:

“En este estado de vanidad, no solamente las criaturas más débiles son continuamente destruidas por la más fuerte sino que tanto la una como la otra están expuestas a la violencia y la crueldad del que ahora es su enemigo común: el hombre”. [Sermón 60, “The general deliverance”, Jackson, Vol. VI, p. 247]

Wesley no ignoraba que este deplorable estado de la naturaleza, en el que la rapacidad humana se mueve, constituía un argumento en contra de la justicia y misericordia de Dios. Por eso respondía:

“Pero esta objeción se desvanece si consideramos que algo mejor permanece también después de la muerte de estas criaturas; que también, algún día, ellas serán liberadas de esta esclavitud de corrupción y recibirán amplia recompensa por todos sus sufrimientos presentes.” [Sermón 60, “The general deliverance”, Jackson, Vol. VI, p. 251]

Ciertamente Wesley se refería en su descripción también al futuro de todas las otras criaturas:

“Toda la creación animal entonces, sin duda, será restaurada, no solamente al vigor, fuerza y rapidez que tenían en el momento de su creación, sino a un grado todavía mayor del que habían disfrutado.” [Sermón 60, “The general deliverance”, Jackson, Vol. VI, p. 249]

Wesley cree que esta visión debe tener efectos prácticos hoy. El propósito es hacernos más conscientes de nuestra relación con todas las otras criaturas:

“Ellas nos pueden alentar a imitar a aquel cuya misericordia es sobre toda su obra. Tal vez pueda ablandar nuestros corazones a favor de las criaturas más malas, sabiendo que el Señor se preocupa por ellas.” [Sermón 60, “The general deliverance”, Jackson, Vol. VI, p. 251]

En “La propagación general del Evangelio”, teniendo en cuenta el estado deplorable de la tierra, Wesley pregunta cómo es que creemos que Dios en verdad completará lo prometido. Entonces, señalando la obra que Dios comenzó en Oxford, y en sintonía con la renovación de la imagen de Dios, supone que ésta crecerá por todo el mundo en forma de una comunidad pentecostal donde se compartirá la generosidad de la tierra.

“Todas las personas sin prejuicios pueden ver que Dios ya está renovando la faz de la tierra; y nosotros tenemos razones para esperar que la obra que ha comenzado la llevará hasta el día del Señor Jesús.” [Sermón 60, “The general deliverance”, Jackson, Vol. VI, p. 288]

Así como Wesley supone que el surgimiento de verdaderas comunidades fieles son ejemplos que nos permiten confiar en el cumplimiento de la promesa de Dios de renovar la tierra, así también hoy nosotros somos llamados a desarrollar comunidades que puedan servir de ejemplo de una vida en armonía con toda la vida, armonía que creía esencial en la nueva creación.

La idea que iba en contra del pensamiento corriente de su tiempo, era ver la obra de Dios como una totalidad, ver la meta del nuevo cielo y la nueva tierra y afirmar al mismo tiempo que la vida de fe – la vida de santidad– es la que deberá constituirse en ejemplo concreto y dramático de aquella promesa de renovación total.

Wesley unía su preocupación por toda la creación a la del terrible precio que el imperio pagaba para seguir siéndolo. A esto se debe que se preocupara por la explotación colonial de la India y América, y la depredación provocada por el tráfico de esclavos en África. Estas cosas podían identificarse como el poder del mal que había atrapado al llamado Occidente cristiano. Cuando Wesley decía que la raíz de la devastación de la tierra y las culturas no era sino la avaricia, no estaba más que haciéndose eco y aplicando la sabiduría de los grandes padres apostólicos orientales. Basilio el Grande, por ejemplo, atribuyó la caída de Adán a su avaricia y al intento de acumular tesoros explotando a la tierra y a la consecuente explotación del prójimo.

En su libro *Cry of the earth, cry of the poor*, Leonardo Boff también interpreta las explotaciones de la tierra y de los pueblos colonizados y esclavizados como dos caras de una misma moneda. Moltmann, más que ningún otro teólogo contemporáneo, ha señalado que la base del proyecto de la modernidad es la conexión que existe entre la esclavitud de la naturaleza y la explotación del pobre. En *God for a secular society*, Moltmann dice:

“El progreso del mundo moderno siempre se ha adquirido a expensas de otras naciones, a expensas de la naturaleza, y a expensas de las futuras generaciones”[p. 12]

“... de hecho, la moderna esclavitud de los africanos y la explotación de los recursos minerales de América fue lo que proveyó el trabajo y capital para el desarrollo y progreso del occidente.”[p. 13]

La idea de la participación común de todas las criaturas vivientes bajo el atemorizante gobierno del pecado humano y, al mismo tiempo, la esperanza de la restauración última de todo lo creado, fue una visión que no tenía lugar para el “sentido común” del período incipiente del occidente industrial. Por el contrario, la perspectiva más ampliamente aceptada entre sus contemporáneos se podría resumir en los términos de Francis Bacon, quien proclamaba que el verdadero fin de la Ilustración es esclavizar a la naturaleza, y de Descartes, de hacer al “hombre” el señor y dueño de la naturaleza. Siguiendo la división cartesiana de *res cogitans res extensa* (la cosa pensante y la cosa corpórea) el centro del ser humano fue localizado en una interioridad invisible desconectada del mundo de la materia y consecuentemente de los sentidos. A tal separación le siguió la suposición de que la interioridad sólo podía ser identificada con el ser humano, y que todo lo demás simplemente estaba a disposición de aquella conciencia regidora. Por lo tanto, no fue difícil para el “hombre” occidental suponer que incluso otros seres humanos podían ser tratados como una extensión de la materia: dominados, subyugados hasta la máxima conciencia científica y a la explotación colonial. Tal vez el horror más grande de esta perspectiva se comprobó en la Shoá, donde el científicismo legitimó las políticas genocidas. En nuestro tiempo puede ser que la seudo ciencia del capitalismo del libre mercado, llevada a extremos insanos, haya liberado nuevas olas de una arrogante falta de preocupación por el bienestar de la tierra y de todas las otras criaturas, incluyendo a nuestros hermanos y hermanas.

No debemos negar la magnitud de la transformación en la conciencia occidental ocasionada por el intento de vencer esa

arrogante división entre lo humano y la creación animal. Jacques Derrida, el más grande filósofo del occidente, ha demostrado cómo la separación antinatural entre lo humano y la creación animal y vegetal, produce enormes consecuencias en la concepción filosófica –e incluso teológica– del “sujeto” humano. No ha escapado a su atención el hecho de que el invaluable recurso de repensar todo desde el principio, pudo haber venido de fuentes bíblicas a las que la Ilustración les volvió la espalda.

También los teólogos que siguen a Wesley pueden jugar un papel importante si se dejan influenciar por perspectivas bíblicas, patristicas y wesleyanas sobre la unidad de la creación bajo la benevolente y misericordiosa soberanía de Dios. Esto les servirá para denunciar todas las formas de división y muerte que desfiguran la bondad natural de la creación; para ponerse valientemente del lado del vulnerable y violado; para clamar con todas las criaturas por la manifestación de la redención de toda la creación; y para desarrollar maneras concretas de encarnar ese futuro por el que nos atrevemos a tener esperanza en la instauración de nuevas comunidades de sanidad e integridad de tal manera que sea posible, junto con Wesley, señalar a tales comunidades y decir: aquí está la evidencia de que Dios está renovando la faz de la tierra.

Una figura que he encontrado útil hoy en día para expresar la idea sobre la interconexión de los seres humanos y de todos los seres creados, es a través de la imagen del genoma humano. Cosas como éstas también habrían fascinado a Wesley, dado que siempre estudió los informes de la Real Sociedad de Inglaterra que reportaba todos los avances de la ciencia de sus días.

Criaturas de Dios

Una de los aspectos más reveladores de esta investigación es que la genética humana tiene mucho en común, incluso, con las formas de vida más elementales. Más del 50% del ser humano está profundamente insertado en el mundo de todas las criaturas.

Si entiendo los datos correctamente, menos del 2% de los genes son los que nos separan de nuestros más próximos parientes, los chimpancés (y si los genes sólo son una pequeña parte del DNA, entonces una increíblemente parte de nuestro actual DNA puede ser considerada como específica a las especies. En otras palabras, somos una pequeña pieza de toda la biosfera.

Frecuentemente la antropología teológica a raíz de una equivocada doctrina de la *imago Dei* consideró que es esa imagen de Dios lo que define y diferencia a los seres humanos de las otras criaturas. En

consecuencia, la especificidad de los seres humanos se entiende como algo opuesto a su generalidad por ser criaturas. Es por esa razón que se intenta localizar la imagen de Dios en lo que no se puede encontrar en otras criaturas, como la razón, por ejemplo.

La fuerza con que los teólogos han enfatizado la importancia de aquello que nos separa de la creación –creando opuestos– ha distorsionado profundamente a la teología antropológica. La calidad de criatura no ha sido tema de reflexión. Todos reconocemos la manera en que el pensamiento moderno ha usado esta distorsión para justificar la separación de la humanidad y la ecología y así permitir la dominación tecnológica del planeta de manera tal que puede hacer al planeta inhabitable, ocasionando ya la exterminación de una gran cantidad de formas de vida.

Gregorio de Nisa reconoce que las criaturas humanas siguen siendo criaturas y además que nuestra calidad de seres “especiales” no nos separa de otras criaturas, sino que más bien enfatiza nuestra dependencia de ellas como un llamado al beneficio y cuidado mutuo [Cap. 7, *Del Hombre*].⁷

Imagen de Dios

Uno de los errores más comunes que veo en la teología antropológica, ha sido el uso de la *imago Dei* para identificar lo que separa a los seres humanos de otras formas de vida. Gregorio de Nisa no comete el mismo error. Se da cuenta que precisamente el ser humano es llamado a ser la imagen de Dios como criatura. De esta manera, señala lo que nos relaciona con otras especies, aquello en que la imagen divina se tiene que discernir [... *habría descuidado su gobierno sobre las otras criaturas si no hubieran necesitado la cooperación de sus sujetos.*”Capítulo 7, p. 392].

En común con todos los teólogos de su periodo, Gregorio rechaza la noción de que lo divino se debe identificar con el poder o dominio

⁷ En esta conexión, debo decir algo sobre las tendencias gnósticas aparentes en Tillich y Niebuhr que hacen de la calidad de criaturas algo añadido a la caída por sus presuposiciones modernistas y existencialistas. Tillich ve la calidad de criatura como una caída de la esencia, mientras que Niebuhr la considera como una paradoja inestable inherente a la libertad finita. Ambos tienden a ver la calidad de criatura como un problema, más que como un don, el supremo don de la vida, dentro de la cual somos sólo una parte de la grande y milagrosa red de la vida. Para ver algo sobre la modernidad como el florecimiento del gnosticismo, ver la obra de Eric Voeglin.

unilateral y, por lo tanto, ve en la responsabilidad compartida la señal concreta de esta imagen.

Existen aspectos del proyecto del genoma humano que permiten descubrir la manera en que la vida se hace conciente de sí misma de tal forma que comienza a cuidar toda la vida, y se hace responsable de beneficiar a toda la vida del planeta.

Es en esta vocación de proveer un atento cuidado por los otros y por el planeta que se pueden ver los trazos de lo que en la teología se ha llamado la imagen y semejanza de Dios. [*“La Divinidad observa y escucha todas las cosas... tú también tienes la comprensión de las cosas... y el entendimiento que inquiere en las cosas y las busca.”* Nisa, Cap. 5, *Del Hombre*, p. 391].

La Restauración de todas las cosas

Sin embargo, mucho más importante que todas estas reflexiones, es la revelación de que toda la historia de la vida en este planeta está presente e incorporada en el genoma humano, cualquier genoma humano. La iglesia primitiva, dado que afirmaba su creencia en la resurrección del cuerpo, también creía que el futuro de la humanidad implicaba un futuro para todo el mundo natural.

Es decir, si el cuerpo, como parte de la naturaleza, tenía un futuro, entonces el resto de la naturaleza (de la que el cuerpo era solamente una parte) también. En esto noté la repetida conexión de Gregorio sobre la restauración de todas las cosas. [*Sobre el Hombre*, p. 412, 414, 418].

Así que desde los Capadocios hasta Juan Wesley, una parte esencial de la “escatología” cristiana ha sido la “restauración de todas las cosas”, es decir, algo como la resurrección del cuerpo y de la naturaleza.

Uno de los grandes problemas de la teología moderna ha sido la pérdida de este sentido de conexión de la humanidad con el resto de la vida del mundo. Esto ha alentado a algunos a suponer que es posible imaginar un futuro para los seres humanos (o para algunos elegidos) separado del futuro de la tierra y sus criaturas. Esto ha provocado un gran número de anomalías doctrinales incluyendo la arrogante desconsideración del bienestar de la naturaleza, y la suposición –entre cierto tipo de cristianos– que la destrucción última del planeta (ya sea por el holocausto nuclear o el sobrecalentamiento del planeta) es un asunto indiferente a la fe: a fin de cuentas, si todos seremos transportados al cielo o algo así, ¿a quién le interesa si la tierra se deja para que se queme como hojarasca? Eso es gnosticismo

promoviendo el biosuicidio global [ver Gordon Kaufman, *Theology for a Nuclear Age*].

Creo que la importancia de la investigación genética, es que hace posible pensar una vez más en esta conexión de la vida humana como parte de toda la biosfera y así, en clave de esperanza, también hace posible pensar en la resurrección del planeta tanto como del cuerpo.

Esto ya era una parte de la profunda visión paulina sobre la transformación global. Por eso en Romanos 8 puede hablar de la cautividad de toda la creación a la vanidad y vaciedad del pecado, y de la liberación por la que clama la creación. Pablo supone que la reorientación o transformación del ser humano también implica la transformación de toda la creación tal como se ve en el mundo natural [Capítulo 8]. Que toda la creación ha sido dañada por el desorden humano es algo que se puede verificar por los desastres ecológicos. Así que “*toda la creación clama*” con “*gemidos*” indecibles por la manifestación de una humanidad liberada de la destrucción. Todavía más gráficamente, la imagen que Pablo utiliza es la del clamor de una madre dando a luz; una humanidad liberada por lo cual toda la naturaleza ha estado luchando y lo sigue haciendo para dar a luz. Lo que ahora sabemos de la genética humana y de su relación con todo el conjunto genético de los seres vivientes nos permite pensar sobre esto de una manera post-mitológica.

Además, la visión de la transformación de la tierra y la transformación de “nuestros cuerpos mortales” afirman la conexión biológica de toda la vida, conexión que se ha roto pero que se afirma en la esperanza de la resurrección de los muertos.

Sexualidad

El tema final que quiero abordar como desafío que enfrenta la teología wesleyana del siglo XXI es nuestro entendimiento de la sexualidad. Yo sé que esto debe parecer un tema extraño para tocarlo desde esta teología. Después de todo, ¿qué tiene que decir Wesley sobre el sexo? La respuesta más obvia, por supuesto, es que no mucho. Y ese es el principio del punto que quiero abordar.

El caso es que para una gran parte del cristianismo, cuando se habla de sexo muy frecuentemente la gente se imagina que se está hablando de pecado. Ese ha sido el resultado de la transformación de la doctrina del pecado operada desde San Agustín. Diré algo más sobre esto más adelante. El resultado de identificar el pecado como sexo ha sido desviar la atención de lo que la Biblia define como pecado: la violación del prójimo a través del abuso de poder y la

avaricia. Si al hablar de pecado nos concentramos en el sexo, entonces se olvida la explotación del pobre, se olvida la avaricia, se olvida la violencia estructural.

Por el contrario, cuando se toma en cuenta una perspectiva realmente bíblica sobre el pecado, entonces encontramos el énfasis sobre lo que realmente daña al prójimo, ya sea esto una violación económica del pobre, la arrogancia, la violencia, o incluso (si los asuntos son personales) el difamarse el uno al otro. En la Biblia no se habla sobre el sexo como pecado. Y eso es precisamente lo que encontramos en Wesley.

Cuando el desafío de reformar a la iglesia en su relación con los pobres fue surgiendo lentamente en algunos círculos de la iglesia, las principales denominaciones (incluyendo a la Iglesia Metodista Unida de Estados Unidos) se fueron dividiendo en forma creciente por otro tema que en apariencia no tiene ninguna relación: la cuestión de la inclusión total en la vida de la iglesia de los homosexuales, lesbianas, bisexuales y personas que han cambiado de sexo. De hecho, esta lucha es la que ha acaparado las noticias, mientras que la cuestión de las divisiones de clase se ha ido desvaneciendo “en el radar” de la conciencia pública.

Hasta ahora, mucho de mi trabajo en la Iglesia Metodista Unida de los Estados Unidos, y de hecho en el metodismo internacional, se ha concentrado en el intento de llamar a la iglesia a abandonar su opción preferencial por la clase media y abrazar una opción preferencial más bíblica y wesleyana por el pobre. Sin embargo, en otros contextos también me he comprometido con el desarrollo de un proyecto que afirme a homosexuales y lesbianas porque también tiene implicaciones para la vida de la iglesia, y creo que para la posibilidad de que la iglesia permanezca fiel.

¿Cómo afecta la homofobia a la iglesia? No creo que sea un asunto secundario. Creo que lo que está en juego aquí es el mismo corazón de la identidad de la iglesia. Porque, de manera creciente, creo que es aparente que lo que está en juego es la autenticidad del testimonio de la iglesia, la veracidad de su proclamación, de hecho, la identidad con su Señor. Esto es para decir que no creo que lo que esté en juego simplemente sea la tolerancia liberal de diferentes estilos de vida. Lo que está en juego es la verdad del Evangelio y el Señorío de Cristo. El efecto de la homofobia en la iglesia es la apostasía. Permítanme indicar algunas de las maneras en que la homofobia en la iglesia es destructiva para la iglesia misma.

Uno de los cursos que tengo a mi cargo en el Seminario Teológico de Chicago es sobre la homosexualidad y la iglesia. Del estudio de documentos y ensayos que realizaron docenas de denominaciones

para definir la posición sobre el particular queda claro que lo que asusta a las iglesias sobre la homosexualidad es la parte media de la palabra (sexo). El único consejo que las iglesias han sido capaces de ofrecer a la gente que está preocupada con los dilemas de la sexualidad, es “simplemente, diga no”. Y no importa que este consejo le parezca irrelevante a millones de personas, porque la iglesia no tiene nada más que decir: nada sobre los valores que se expresan en la relación sexual, nada sobre los peligros de la intimidad sexual. Nada sino el repetido, rutinario y totalmente irrelevante mantra: “nada de sexo fuera del matrimonio”. Una de las muchas razones por las que los jóvenes dejan la iglesia es que la iglesia tal vez no tiene nada que decirles en ese aspecto de la vida que sea verdadero o desafiante para ellos.

Según mi opinión, existen dos razones para esta parálisis. La primera es que las iglesias, desde el tiempo de Constantino, han sido renuentes para hablar bíblicamente sobre el pecado. En la Biblia, el pecado tiene que ver con la opresión y la injusticia, con la avaricia y la indiferencia hacia el pobre. Pero nos aterramos de ofender a nuestros “amos” de la sociedad con una doctrina bíblica sobre el pecado que sea significativa. Por eso desviamos toda idea sobre el pecado a la esfera de la intimidad. Y así hacemos de la sexualidad el “chivo expiatorio” del fracaso moral humano. Por más de un milenio, la iglesia ha tenido éxito en hacer sentir culpable a la gente y con necesidad de perdón por cosas que son menores, (simplemente recuerden el pánico del siglo XIX por la masturbación) mientras que al mismo tiempo se dispensa la absolución por los pecados no confesados de la injusticia y la avaricia. Si queremos decir la verdad, la verdad bíblica sobre el pecado, nos veríamos forzados a exponer todo este engaño por el que la iglesia se ha metido en las camas de la gente para cubrir su propia complicidad con los principados y potestades que destruyen a los miserables de la tierra y a la tierra misma. Esta distorsión de la doctrina del pecado muestra que rendimos culto al Mamón del éxito mundano, más que al Dios de los profetas o al Abba de Jesús.

Existe otra razón por la que tenemos miedo de hablar honestamente sobre este tema. No es sólo que nuestra deshonestidad sobre el sexo sea una manera de evitar la verdad bíblica sobre el pecado, también se explica porque en la iglesia hemos hecho una fatal alianza entre Evangelio y la idea de “matrimonio y valores familiares”. Estoy asombrado de la manera en que el fantasma de la homosexualidad provoca que la gente de la iglesia invoque invariablemente la santidad del matrimonio y la familia. Lo que es asombroso sobre esto es que en todos los evangelios a Jesús se lo recuerda realizando un

ataque sobre la institución de la familia. Por ejemplo, cuando su propia familia llega a él los desconoce y dice que su única familia, su padre y madre y hermana son quienes hacen la voluntad de Dios, quienes están comprometidos con los valores del reino de Dios. Y cuando habla de los requisitos del discipulado, incluso dice que quien no aborrece a su padre y madre, y mujer e hijos, y hermanos, y hermanas no es digno de él y del reino de Dios [Lc. 10:26]. Pasaje tras pasaje de los evangelios, Jesús deja en claro que el Evangelio está en un irreconciliable conflicto con los así llamados “valores familiares”. Pero aun así, en nuestra sabiduría eclesiástica hemos decidido que de alguna manera esos valores son absolutos. Esta es la manera en que hemos intentado persuadir a la sociedad de que tenemos una función indispensable para asegurar la estabilidad de su institución más básica. Así que adoramos al Baal de la estabilidad social más que a Aquel que viene a hacer todas las cosas nuevas.

El precio humano que hay que pagar por esto es espantoso, porque significa que la iglesia se ha amordazado a sí misma: estamos imposibilitados de exponer a la familia como una escena de violencia y violación. La violencia doméstica, el abuso y el incesto continúan reinando sin ser expuestos, sin ser reconocidos en nuestras iglesias; y todo ello porque hemos decidido que debemos apoyar la institución de la familia a toda costa, incluso si esto significa que debemos ignorar la enseñanza de Jesús y el clamor de las víctimas.

Lo que he descrito es una situación imposible. Por un lado, la iglesia ha reducido su comprensión del pecado a los límites del sexo. Pero, por otro, donde el sexo realmente involucra el pecado, en el abuso de los débiles y de quienes no se pueden defender, allí la iglesia guarda silencio. ¿Qué está sucediendo? Una parte esencial del pacto que la iglesia ha hecho con el diablo, sin duda es la homofobia. Al hacer a los homosexuales, lesbianas y bisexuales los “chivos expiatorios”, la iglesia perpetúa el mito de que el sexo es pecado mientras que se asegura de que no se cuestionen los “valores familiares”. La homofobia se ha convertido en nuestra coartada para ocultar nuestra confusión sobre la sexualidad y al mismo tiempo disimular nuestra complicidad con las injusticias perpetuadas por la institución de la familia.

Ya he sugerido algo del costo humano que tiene esta complicidad. Pero existe otra dimensión que merece mencionarse. Eve Kosofsky Sedgwick es, en la actualidad, una de las más importantes contribuyentes para entender la homofobia. En una reciente colección de ensayos titulada *Tendencias* comienza diciendo por qué ella y otros más han tomado la labor intelectual de hablar sobre la antihomofobia. Las razones que cita son escalofriantes y simples: el

índice de suicidios de adolescentes. Un gran número de suicidios de adolescentes en la sociedad de Estados Unidos son producto de la homofobia internalizada. Es decir: homosexuales, lesbianas y bisexuales adolescentes reciben el mensaje de que son engendros que no tienen un lugar en el mundo.

La sexualidad en la adolescencia es algo difícil de resolver en un mundo donde de manera constante hay estímulos sexuales por un lado, y por el otro un vacío lema: “simplemente diga no”, que repiten tanto la iglesia como los padres. Es como estar en medio del desierto sin una brújula. Pero para el adolescente homosexual o lesbiana es todavía peor. Se les previene que hay otras personas como ellos que pueden ser sus compañeros o compañeras en la peligrosa jornada hacia la adultez; se les previene de siquiera sospechar que algunas personas han encontrado –venciendo toda oposición– maneras de darle sentido a la vida y al amor, incluso bajo la hegemonía que tiene la homofobia en la sociedad y la iglesia. Constantemente se les dice que el único camino al auto-respeto humano son caminos que están cerrados para ellos porque tienen deseos que no inventaron, y también se les dice que los caminos que ellos buscan para encontrar amistad, consuelo e intimidad son impensables, indecibles; y que se han separado de Dios y de la comunidad para siempre por esas necesidades y deseos. En millones de familias (también familias de la iglesia) estos jóvenes reciben la inequívoca impresión de que sería mucho mejor estar muerto que ser homosexual o lesbiana. Para una multitud de adolescentes homosexuales y lesbianas, la apropiación de ese horripilante mensaje los condujo a la extrema decisión de quitarse la vida.

¿Se les ha dicho que la sexualidad es la manera en que Dios nos ayuda a encontrarnos el uno al otro, que es la manera de necesitarnos el uno al otro, y de apoyarnos el uno al otro? ¿Se les ha dicho que su deseo de intimidad con una persona de su propio sexo es un precioso don que hay que celebrar, entender y formar en relaciones de respeto, confianza y lealtad? ¿Han escuchado esto en su sociedad, su comunidad o su hogar? Seguro no lo han escuchado en la iglesia.

Desafortunadamente hay más, mucho más que decir sobre la manera en que la homofobia destruye el cuerpo de Cristo. Debemos ser cuidadosos con la forma en que una lectura homofóbica de la Escritura violenta la Santa Palabra de Dios. Debemos ser conscientes de que los mismos trucos exegéticos que se usaron en el siglo XIX para justificar la esclavitud, la segregación, y que se siguen usando para negar a las mujeres su lugar, son los que se usan hoy para legalizar la homofobia. La lectura homofóbica de la Escritura

convierte a la Biblia en el libro de reglas de un pequeño tirano, y transforma el vino del Evangelio en el agua envenenada del legalismo y la vengativa condenación.

Uno de los ejemplos más escandalosos de esta perversión exegética tiene que ver con la historia de Sodoma y Gomorra. Por siglos esta historia se la ha dado vuelta “patas arriba” para hacerla sinónimo del discurso occidental secular y religioso respecto de los actos de intimidad entre personas del mismo sexo. Pero el relato nos habla de la injusticia de los habitantes de Sodoma que descienden al nivel de intentar violar multitudinariamente a esos extranjeros vulnerables, y que con ello en realidad están violando el fundamento de la ética bíblica: el trato justo y bondadoso a los extranjeros. Porque el extranjero, peregrino o trabajador inmigrante (todas son traducciones apropiadas para esta categoría bíblica) es el miembro más vulnerables de la sociedad, dado que el inmigrante no tiene la protección del clan y de los lazos tribales. Por ello, a Israel regularmente se le advertía que tratara a los inmigrantes con especial cuidado, porque el pueblo judío también fue un extranjero en Egipto. Pero desde el tiempo del emperador romano Justiniano, este texto ha sido intencionalmente distorsionado y usado como un pretexto para violar a los miembros más vulnerables de la sociedad. Y, desde la Edad Media hasta la época de terror nazi, utilizado para justificar los crímenes en contra de la humanidad (homosexual). Esta perversión arbitraria del texto bíblico tiene consecuencias severas no sólo para las personas homosexuales, sino para la posibilidad de la iglesia de escuchar y cumplir la Palabra de Dios.

Otro terrible costo que se tiene que pagar por esta distorsión homofóbica de las Escrituras es que la gente de buena voluntad aprende a esperar de la Santa Palabra de Dios, ya no la palabra liberadora del Evangelio, sino solamente la mentalidad estrecha moralizante que odia la vida y desprecia el amor. Esto es solamente una parte del precio que se está pagando cuando el Evangelio es silenciado por la homofobia en nuestras iglesias.

El desarrollo de una doctrina más wesleyana sobre el pecado y la santificación ayudará al pueblo llamado metodista a aceptar fructífera y honestamente el desafío de lograr un consenso con las diversas expresiones de la sexualidad. Si entendemos al pecado como la violación a la personalidad y a la santidad, como el impedimento de un crecimiento en amor, entonces tal vez seamos capaces de abrazar a todas las personas que han sido marginadas sexualmente, que en el pasado han sido violadas y humilladas por la iglesia y la sociedad. Seremos capaces de aceptar a los *travestis* como hijos de Dios y merecedores de la dignidad humana, tal como Felipe aceptó al

eunuco [Hch. 8:26 ss]. Seremos capaces de recibir a la prostituta como alguien que Jesús dijo que iba adelante de los piadosos y respetables al Reino de Dios [Mt. 21:31]. Seremos capaces de enseñar a los jóvenes que la calidad de una relación no depende del género de la persona que amas, sino del cuidado, respeto y compromiso que puede crecer a través de esa relación. Y estaremos capacitados para predicar un mensaje más bíblico y evangélico sobre el amor de Dios y la voluntad divina de justicia y misericordia.

Capítulo 5. Principios bíblicos y wesleyanos para la justicia económica global

Como cristianos, dentro de la tradición de Juan Wesley, el pueblo llamado metodista se fundamenta en recursos bíblicos y wesleyanos para abordar los asuntos que enfrenta en su misión y ministerio. Al abordar el asunto de la justicia económica global identificaremos doce principios básicos que deben guiar nuestra reflexión y nuestro compromiso.

1. En la vida de Israel, Dios se revela como alguien que está comprometido con el bienestar de los miembros más vulnerables de la comunidad humana. Es este compromiso que distingue al Dios de la Biblia de los falsos dioses e ídolos en contra de los que lucharon los profetas.

Cuando Dios revela el nombre divino *YHWH* a Moisés, es para darle la misión de liberar a los cautivos [Ex. 3:10]. El nombre divino revela la naturaleza divina que oye el gemir del pueblo, percibe sus sufrimientos y escucha su clamor por liberación. Es así como el divino ser se revela como el que escucha y oye el gemido de los oprimidos, los vulnerables y los violados [Ex. 2:24-25; 3:7, 9, 16].

El salmo 82 nos muestra al Señor entrando en el concilio de los dioses con el propósito de distinguir la verdadera divinidad del Dios de Israel de la de los falsos dioses de las naciones e imperios. Y el principio que distingue al Señor de todos aquellos otros dioses es precisamente el llamado a “*Defended al débil y al huérfano; haced justicia al afligido y al menesteroso, librad al afligido y al necesitado; ¡libradlo de manos de los impíos!*” [VV. 3-4].

En consecuencia los salmos pueden cantar alabanzas a Dios como “*Padre de huérfanos y defensor de viudas es Dios en su santa morada. Dios hace habitar en familia a los desamparados; saca a los cautivos a prosperidad; mas los rebeldes habitan en tierra árida*” [Salmo 68:4-6]. Y también el salmista puede cantar:

*“Bienaventurado aquel cuyo ayudador es el Dios de Jacob,
cuya esperanza está en Jehová su Dios,
el cual hizo los cielos y la tierra,
el mar, y todo lo que en ellos hay;
que guarda la verdad para siempre,
que hace justicia a los agraviados,
que da pan a los hambrientos.*

Jehová liberta a los cautivos;

*Jehová abre los ojos a los ciegos;
 Jehová levanta a los caídos;
 Jehová ama a los justos.
 Jehová guarda a los extranjeros;
 al huérfano y a la viuda sostiene,
 y el camino de los impíos trastorna.*

*Reinará Jehová para siempre;
 tu Dios, Sión, de generación en generación. ¡Aleluya!*"

Salmo 146

El compromiso con los más vulnerables no es algo que se añade a la naturaleza de Dios. Es el mismo corazón del ser divino, es eso lo que hace a Dios no un ídolo sino el Señor soberano de la Creación y la historia.

En el mundo y en la iglesia hay muchas maneras en que la idolatría amenaza con desvirtuar nuestro culto al verdadero Dios. En el mundo, las fuerzas engañosas del mercado se presentan como una invisible y benevolente mano que invita a los pueblos de la tierra a confiar en él para su salvación, el progreso, la realización de sus esperanzas para la vida, justicia e integridad. Estas fuerzas se delatan a sí mismas como falsos dioses que demandan un sacrificio humano increíblemente enorme.

Al mismo tiempo, se seduce muy fácilmente a la iglesia con el canto de sirena del éxito y la prosperidad mundana, con la falsa esperanza de ganar respetabilidad y seguridad dentro de los sistemas del mundo. En otras ocasiones, la iglesia se inventa un dios, uno que está preocupado solamente con la condición interna del corazón y se olvida del gemido de los destituidos y necesitados, o de las maneras en que los prósperos se consuelan a sí mismos haciéndose sordos al sufrimiento de sus prójimos y ciegos a las fuerzas que dividen y dominan.

Cualquier forma de tratar el tema de los asuntos de injusticia económica que tenga fundamento bíblico deberá enfrentar a los ídolos del mercado y del santuario con el mensaje del Dios de quien nos habla la Biblia, y cuyo compromiso con el vulnerable y oprimido es la misma esencia de su ser divino.

2. El compromiso con el bienestar de los pobres es fundamental para la vida del pueblo de Dios. Desde los profetas hasta Jesús, se nos recuerda que los medios apropiados para honrar a Dios son la justicia para el pobre y no tantos rituales religiosos. Aquí las mujeres,

niños y refugiados (viudas, huérfanos y extranjeros) tienen una prioridad especial.

Cuando el pueblo hebreo es liberado de la opresión del Faraón, Moisés les advierte que su relación con *YHWH* depende de su relación con los más vulnerables:

“Al extranjero no engañarás ni angustiarás, porque extranjeros fuisteis vosotros en la tierra de Egipto. A ninguna viuda ni huérfano afligiréis, porque si tú llegas a afligirlos, y ellos claman a mí, ciertamente oiré yo su clamor, mi furor se encenderá y os mataré a espada; vuestras mujeres serán viudas, y huérfanos vuestros hijos.” [Ex. 22:21-24]

En la otra versión de la ley, el pueblo es llamado a circuncidar su corazón (un tema que Wesley amaba) y que implica la transformación de sus relaciones con el pobre y vulnerable:

“Circuncidad, pues, el prepucio de vuestro corazón, y no endurezcáis más vuestra cerviz. Porque Jehová, vuestro Dios, es Dios de dioses y Señor de señores, Dios grande, poderoso y temible, que no hace acepción de personas, ni recibe sobornos, que hace justicia al huérfano y a la viuda, que ama también al extranjero y le da pan y vestido. Amaréis, pues, al extranjero, porque extranjeros fuisteis en la tierra de Egipto.” [Dt. 10: 12-20]

El recuerdo de la liberación de la esclavitud a la que los sometió el Faraón implica un compromiso de vivir con justicia para todos aquellos que son violados y vulnerables.

Esta advertencia es el corazón de la tradición profética que habla de la justicia de Dios a los poderosos de Israel y Judá. Así pues, cuando Israel mismo se hace próspero, poderoso, los profetas alertan con gran estruendo desde el corazón del ser divino: “No quiero su culto en el templo y su ritual; quiero justicia para el pobre, el oprimido y el necesitado”. En su primer oráculo, Isaías nos dice:

“¿Quién pide esto de vuestras manos, cuando venís a presentaros delante de mí para pisotear mis atrios?

No me traigáis más vana ofrenda; el incienso me es abominación.

Luna nueva, sábado y el convocar asambleas, no lo puedo sufrir.

¡Son iniquidad vuestras fiestas solemnes!

Mi alma aborrece vuestras lunas nuevas y vuestras fiestas solemnes; me son gravosas y cansado estoy de soportarlas.

Cuando extendáis vuestras manos, yo esconderé de vosotros mis ojos; asimismo cuando multipliquéis la oración, yo no oiré; llenas están de sangre vuestras manos.

Lavaos y limpiaos, quitad la iniquidad de vuestras obras de delante de mis ojos, dejad de hacer lo malo, aprended a hacer el bien, buscad el derecho, socorred al agraviado, haced justicia al huérfano, amparad a la viuda.”[Isaías 1:12-17]

En común con todos los profetas del siglo octavo (Amós, Oseas, y Miqueas) Isaías advierte al pueblo que *YHWH* no está interesado en las devociones ni prácticas religiosas de un pueblo injusto: la práctica religiosa, aunque sea ferviente, no puede sustituir a la justicia. Así que, entonces, por eso exige:

“Quitad la iniquidad de vuestras obras de delante de mis ojos, dejad de hacer lo malo, aprended a hacer el bien, buscad el derecho, socorred al agraviado, haced justicia al huérfano, amparad a la viuda.”[Isaías 1:12-17]

Muchos siglos después, el profeta Zacarías volvía su mirada hacia atrás, cuando ocurrió la destrucción del Israel en el siglo VIII y la destrucción de Jerusalén en el siglo VI, y discernía en esos hechos el justo juicio de Dios. Recibió entonces esta palabra:

“Así habló Jehová de los ejércitos: Juzgad conforme a la verdad; haced misericordia y piedad cada cual con su hermano; no oprimáis a la viuda, al huérfano, al extranjero ni al pobre, ni ninguno piense mal en su corazón contra su hermano.

Pero no quisieron escuchar, sino que volvieron la espalda y se taparon los oídos para no oír; endurecieron su corazón como diamante, para no oír la Ley ni las palabras que Jehová de los ejércitos enviaba por su espíritu, por medio de los primeros profetas.

Por tanto, Jehová de los ejércitos se enojó mucho.”[Zacarías 7:8-12]

Las palabras de Amós, Miqueas y Jeremías confirman las de Isaías y Zacarías. La relación del pueblo con Dios no depende de sus actividades religiosas, sino de su búsqueda de la justicia para los pobres.

Como en los días de la ley y los profetas, así también hoy el pueblo de Dios cree que estar delante de Dios depende solamente de ciertas creencias o de prácticas religiosas. Nos imaginamos que sólo por asistir al templo, orar y ayunar, o realizar una cierta cantidad de prácticas religiosas habremos de recibir el favor de Dios. Pero no podemos burlarnos de Dios. Aunque estas prácticas y liturgias puedan agradar a algún otro dios, no nos ponen en relación con el Dios del testimonio bíblico.

Todavía más, al igual que Israel y Judá perdieron su propia seguridad y prosperidad en el mundo por no escuchar el clamor de los vulnerables y destituidos, así también las naciones de la tierra no habrán de encontrar paz y prosperidad duradera si continúan dependiendo de la explotación del pobre y negando la justicia a quienes languidecen en la destitución.

Las iglesias deben olvidar su falsa religiosidad hacia el Único que está comprometido con la justicia y misericordia para el pobre y marginado. Y deben llamar a las naciones y a las grandes compañías a una vida económica y social más justa y compasiva, sabiendo que, finalmente, en el tiempo de Dios, la prosperidad de las naciones y sociedades depende de la justicia social y económica.

3. El compromiso con el bienestar del vulnerable y violado no es una mera abstracción, sino que implica prácticas específicas de justicia dirigidas hacia el pobre y a la sanidad de la misma tierra.

La ley y los profetas no funcionan declarando grandes principios generales y frases rimbombantes. Más bien, en la ley de Israel encontramos múltiples ejemplos de mandamientos de prácticas específicas que hicieron el compromiso con la justicia y misericordia para el pobre una realidad concreta.

Las reglas de agricultura, que era la base para la economía de Israel, requería que el pobre tuviera libre acceso a la cosecha incompleta [Ruth 2:2-7], una provisión de la que Jesús y sus seguidores se beneficiarían siglos después [Marcos 2:23-28].

Una de las secciones más explícitas de la ley se encuentra en Levítico 25:9, que habla sobre el Jubileo. Una referencia al mismo se encuentra en el primer sermón de Jesús en Nazaret [Lucas 4:18-19]. Este código legal es la fuente para la proclamación de la libertad al final del período de cincuenta años marcado por el sonido del cuerno de cordero, que señalaba el Jubileo.

Toda tierra que había sido vendida para pagar deudas tenía que ser devuelta a sus dueños originales [Levítico 25:10]. Toda persona que había sido separada de sus familias, y que había sido entregada como esclava se le permitía regresar con sus deudas perdonadas [Levítico 25:54].

Además, cada siete años la tierra no debía trabajarse, lo mismo que cada cincuenta (como si fuera sábado), para que pudiera recobrase del ciclo de siembra y cosecha. Así, se dejaba claro que la ley del sábado, fundamentada en la creación del cielo y la tierra [Génesis 1] estaba hecha para el bienestar de la tierra y de todas sus criaturas, porque del Señor es la tierra y su plenitud [Salmo 24, Levítico 25:23].

De todas estas maneras se le recordaba al pueblo de Israel que Dios es el verdadero dueño de la tierra que ha creado y que incluso el pueblo escogido no era más que alguien a quien se le había otorgado la tierra para recibir sus frutos por la gracia de Dios. El sistema económico fue diseñado para acabar con todas las desigualdades que se desarrollaron con el tiempo entre el pueblo, y para que no se arraigaran y se vieran como un destino inevitable.

Hoy día tenemos una urgente necesidad de recursos similares para vencer las enormes y crecientes desigualdades que amenazan la vida y que caracterizan a esta economía global. Muchas naciones, en especial en África Central, son devastadas por los intereses de las deudas externas que frecuentemente han surgido por la avaricia de los bancos internacionales y las élites nacionales. El llamado para el “Jubileo 2000” por parte del Concilio Mundial de Iglesias y el Concilio Mundial Metodista estuvo de acuerdo con los principios básicos de justicia declarados por el testimonio bíblico.

La pobreza también amenaza a la misma tierra por la excesiva cría y pastura que se requiere para los animales, la deforestación, la siembra de cultivos que empobrecen los suelos, y las inundaciones cuya consecuencia frecuentemente es una multitud de personas sin acceso a la tierra para trabajarla. La reforma agraria es una necesidad urgente en la mayor parte del mundo, al igual que el desarrollo de prácticas para que la tierra descansa de la incesante explotación que amenaza la salud de todo el planeta.

Todas las personas y todas las criaturas necesitan que se les ofrezca el descanso y la seguridad que viene del reconocimiento de que Dios es el creador y el señor de todo, y que no solamente quiere que todos sobrevivan, sino también que permanezca toda la diversidad de la creación.

4. En la vida, misión, ministerio y destino de Jesús, el compromiso de Dios con el pobre se hace sangre y carne (se encarna).

El Dios de la ley, los profetas y los Salmos viene a nosotros en la vida de Jesús de Nazaret, que es la palabra de Dios que se hizo carne y habitó entre nosotros. Jesús nació entre los pobres y desde el principio no tuvo un lugar propio, y su primera habitación fue un establo. Durante su niñez, como millones de niños en el mundo, Jesús fue un refugiado de la violencia, y vivió lejos de la tierra de su padre y su madre.

Cuando inicia su ministerio, es para anunciar “buenas nuevas a los pobres”, viaja por las villas y lugares cercanos a Galilea anunciando y haciendo real las buenas nuevas de que Dios cuida al débil y el oprimido. Ni él ni sus seguidores tienen un lugar donde recostar su

cabeza, y viven de la bondad de los habitantes de las villas y los pueblos.

Inevitablemente su mensaje del cuidado de Dios por el más vulnerable y por el excluido le crea enemigos entre los prósperos, los poderosos y los respetables, quienes casi desde el principio conspiran para encontrar maneras de callarlo y para dispersar a las multitudes de desposeídos que lo seguían.

Como a muchos otros, a través de la historia, que se han aliado con los vulnerables y violados, se le acusa de impío y de sedición. Es ejecutado por las autoridades imperiales ente los bandidos. Y, mientras muere, de sus labios se escucha el mismo grito que se oye todos los días en boca de los desposeídos, de quienes han sido violados por los avaros y poderosos: “*Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?*” [Marcos 15:34]. Este es el grito de la humanidad violada en los mismos labios de Dios hecho carne.

Sin embargo, aún así regresa, porque el poder de la división, dominación y muerte es incapaz de prevalecer en contra del Espíritu de Vida que lo levanta de la muerte. Al principio, ni sus propios compañeros lo reconocen, lo confunden con un jardinero en el cementerio [Juan 20:15], un errante en el camino [Lucas 24:15-18], y un desocupado a la orilla de la playa [Juan 21:4-6]. A través de toda la historia, regresa para estar con nosotros, regresa como la presencia de Dios entre los pobres.

La Ley y los Profetas habían advertido que Dios demandaba justicia y misericordia para los pobres y marginados. Pero en Jesús de Nazaret descubrimos la verdadera profundidad de su divino compromiso, ya que en él Dios se hace uno con ellos.

Por lo tanto, los sistemas de economía política que opriman al pobre deben ser considerados como blasfemos, y la señal de que las iglesias se han apartado de Dios es que no escuchan el clamor de los empobrecidos.

Los incontables millones de seres humanos que son aplastados por los poderosos y los inexorables sistemas de la economía política, pierden la esperanza de conseguir algún cambio fundamental, porque creen que Dios está del lado de los poderosos y no en sus sufrimientos. Los pobres de la tierra deben escuchar las buenas nuevas de que Dios ha establecido su residencia permanente entre ellos, para que la esperanza de un mundo justo pueda encenderse en sus corazones y puedan ser habilitados para convertirse ellos mismos en agentes de transformación.

Y la iglesia que dice representar esta Palabra de Dios hecha carne no solamente debe anunciar, sino también realizar de manera concreta,

la promesa de la llegada del reino de Dios de justicia, generosidad y gozo.

5. Jesús se identifica con el más pequeño de éstos y nos advierte que ser fiel y solidario con él es servir a las necesidades de aquellos que son violados y vulnerables.

En su última parábola, Jesús señala a sus oyentes la llegada de Aquel que vendrá a juzgar a la tierra y a todas las naciones. Y la norma para ese juicio no es si se han convertido en “cristianos formales”, sino si han alimentado al hambriento, si han vestido al desnudo, si han visitado al enfermo y encarcelado, si han recibido al inmigrante y al refugiado [Mateo 25:31-46].

Jesús deja claro que no podemos tener una relación con él que no sea también una relación con los vulnerables y violados de la tierra. Cuando uno viene a él buscando vida eterna, no es suficiente que haya obedecido los diez mandamientos, sino que también haya vendido lo que tenía y distribuido a los pobres para que verdaderamente pudiera seguir a Jesús [Marcos 10:21].

Incluso Jesús envió a sus discípulos sin dinero y ni siquiera un cambio de ropa para que ellos pudieran depender de la bondad de los extraños en su tarea de anunciar y realizar la llegada del reino divino [Marcos 6:8-13].

En la actualidad, escuchar y obedecer las instrucciones de Jesús significa que sus seguidores pongan especial atención en quienes son vulnerables y han sido violados para que a través de ellos honren a su Señor.

Nuestra propia vida económica debe ser reestructurada para que podamos abordar el escándalo de la muerte por pobreza de millones de niños y niñas cada año; muertes prevenibles con un pequeño compromiso de nuestros recursos. No hacer nuestra la prioridad de eliminar estos sufrimientos y mortandad innecesarias, no sólo es pasarse al otro lado, sino ignorar el clamor y sufrimiento de Cristo mismo en quienes son violados y vulnerables.

La necesidad de vivir con sencillez para que otros puedan simplemente vivir, nunca ha sido más urgente. Esto es no sólo para los individuos, sino también para las congregaciones y denominaciones, incluyendo sus agencias (evangelismo y misiones, acción social, educación, etc.). Sólo así la iglesia podrá mostrar valores que sean consistentes con su propio mensaje y solamente así podrá dirigirse a otros con integridad.

6. La iglesia cristiana primitiva ejemplifica la solidaridad que hace visible y tangible al “cuerpo de Cristo”.

Para poder ser una señal de la presencia del Espíritu de Cristo y del futuro reino de Dios, la primera comunidad de fe se constituyó como una *koinonía* de oración y alabanza, y en la que se compartía la vida y el sustento con todos los que estaban empobrecidos [Hechos 2:43-47; 4:32-35]. Noten la descripción que hace Hechos de la comunidad pentecostal de creyentes:

“Todos los que habían creído estaban juntos y tenían en común todas las cosas: vendían sus propiedades y sus bienes y lo repartían a todos según la necesidad de cada uno.” [Hechos 2:44-45]

La comunidad constituida por el derramamiento del Espíritu divino es una comunidad que refleja la generosidad divina. Y, a fin de que no olvidemos este punto, el autor de Hechos nos recuerda otra vez cómo era esa comunidad llena del Espíritu de la siguiente manera:

“La multitud de los que habían creído era de un corazón y un alma. Ninguno decía ser suyo propio nada de lo que poseía, sino que tenían todas las cosas en común. Así que no había entre ellos ningún necesitado, porque todos los que poseían heredades o casas, las vendían, y traían el producto de lo vendido y lo ponían a los pies de los apóstoles; y se repartía a cada uno según su necesidad.” [Hechos 4:32, 34-35]

Esto es lo que significa ser la comunidad vivificada por el Espíritu de Cristo, una comunidad que ha roto el yugo de acero de la posesión, de la acumulación y del consumo; y que se ha convertido en una comunidad en la cual se comparte. Esta es la comunidad en que aquellos que creen “son de un corazón y un alma”.

Y Wesley mantendría que, dondequiera que el poder de Dios, el Espíritu de Dios, el amor de Dios, se derramaba sobre el pueblo de Dios, la natural y necesaria consecuencia de esto sería que la comunidad de fe repetiría en su vida este mismo modelo de generosidad, y de esta forma experimentar el gozo Pentecostal [ver sus notas sobre el Nuevo Testamento].

Pablo buscó que esta comunidad se manifestara uniendo congregaciones para recoger una ofrenda que él llevaría a Jerusalén y así demostrar la solidaridad de los gentiles en la distribución de los recursos para los pobres que hacía la comunidad de Jerusalén [Romanos 15:25-28; 2 Corintios 8-9], y de esta manera cumplir con la condición de que la misión de los gentiles “recordaba a los pobres” [Gálatas 2:10].

Esta comunidad que compartía los recursos caracterizó a la iglesia primitiva. Por ejemplo, en la Epístola de Banabás y en la Didache [c. 135] leemos:

“Debes comulgar [practicar la koinonia] en todas las cosas con tu prójimo; no debes llamar a las cosas tuyas; porque si participan en común [koinonia] de las cosas que son incorruptibles, ¡cuánto más (deberían) de aquellas que son corruptibles!”

Nuestro mundo actual se caracteriza por una creciente brecha entre los más prósperos y los más empobrecidos. En toda nación esta brecha parece crecer a grandes pasos, y en la escala global es incluso todavía más dramático. Por ejemplo, tres ejecutivos de una compañía poseen más riqueza que el producto combinado de 43 naciones más pobres. Solamente tres hombres tienen más dinero que 600 millones de habitantes en esos países pobres [The Chicago Tribune, Julio 12, 1999]. Esto no es para señalar o acusar a una sola corporación o grupo de personas. Hay muchos otros con tanta riqueza o más. Esto es simplemente para mostrar que la economía global se ha desarrollado de tal manera que el abismo entre ricos y pobres es casi inimaginable.

Y aun así, todos nosotros, ricos y pobres, tenemos un origen común en Dios y un destino común en este planeta. Incluso, la mera sabiduría secular señala que estas disparidades son insoportables e inconsistentes con la esperanza de una vida humana aún para el que disfruta de la prosperidad. Si billones de personas descubren que en lugar de tener control sobre la economía de hecho son sus víctimas, la violencia de sus resentimientos y el miedo de perder lo poco o mucho que tienen, nos va a sumergir a todos en un violento caos del que nadie puede esperar salir con vida y esperanza intactas.

7. Un principio básico del metodismo es que Wesley trabajó junto al pobre y al marginado.

Como ya lo he mencionado capítulos atrás, cuando Wesley se encontraba al final de su carrera, en su intento de colocar al metodismo en la historia de la salvación, remarcó “Nunca en ninguna otra época o tiempo, desde la era de los Apóstoles, las palabras: ‘*Se ha predicado el evangelio a los pobres*’, se han cumplido más enteramente” [The signs of the times, VI p. 308].⁸

⁸ El volumen y la página se refiere a la colección de 14 volúmenes de la edición de Jackson de The works of John Wesley.

No considera este hecho algo fortuito. Es el resultado de una política conciente. Coherente con el contenido de su mensaje, evitaba el trato con los ricos: *“Muchos de los ricos y honorables estaban presentes; así que me di cuenta de que era tiempo para mí de huir de ahí”* [Journal Abril 15, 1745].

Wesley hace un esfuerzo conciente para estar junto al pobre y explica que es teológicamente necesario porque *“La religión no debe ir del más grande al menor, o parecería que el poder es de los hombres”* [Journal, Mayo 21, 1764]. Y así le puede decir a otros que *“Estamos dispuestos a dejarles el honor a los grandes. A nosotros déjennos con los pobres, con el vulgo, con la base, con los parias de la humanidad”* [A farther appeal, VIII p. 239]. En principio, Wesley buscó a los pobres.

Pero el pueblo llamado metodista, especialmente en el último siglo, se ha caracterizado por alejarse de los pobres y acercarse a las clases medias de sus respectivas naciones. De esta manera, mucho de lo que fue distintivo de la tradición y herencia wesleyana se ha perdido.

Además, la esperanza de Wesley de que el pueblo llamado metodista pudiera ser una señal viva de la nueva creación de Dios, fue traicionada al parecernos, cada vez más, al orden social de la sabiduría mundana.

El avivamiento espiritual del pueblo llamado metodista depende de un renovado compromiso con los empobrecidos y con la construcción de una genuina comunidad con y entre ellos. Esto solamente puede darse si vamos hacia ellos y aprendemos junto con ellos de primera mano el sufrimiento y humillación que se les ha infligido. Y, por supuesto, esto no es sólo un asunto de simpatía, sino del tipo de identificación que crece de la íntima comunidad que existe entre hermanos y hermanas en Cristo.

De esta manera se puede comenzar a derrotar la indiferencia al clamor del pobre y a su problemática que caracteriza a la situación global.

8. Para el pueblo llamado metodista, significa ser mayordomos de Dios a favor del pobre. Todo lo que tenemos pertenece a los destituidos.

Wesley dice que nosotros debemos ser mayordomos “para Dios y el pobre”:

“Sé un mayordomo, un fiel y sabio mayordomo, de Dios y del pobre; y solamente sé diferente de ellos en estas dos circunstancias: que primero sean satisfechas tus necesidades con la porción de los bienes de tu Señor que han sido puestas en tus

manos; y, segundo, que tú tienes la bendición de dar.”
[Sermon on the mount, viii, V p. 377]

Todo lo que está más allá de lo necesario para la vida pertenece a los pobres. Dios me da lo que tengo para que pueda darlo a los pobres.

“Para hablar más propiamente todavía, ¿quién ha depositado [los bienes] por un tiempo en tus manos como su mayordomo; y al mismo tiempo te informa los propósitos con que te los confió? Y puedes permitirte desperdiciar los bienes del Señor... ¡Fuera con esta vil y diabólica hipocresía! Ese intento de robar a Dios es la misma hipocresía del infierno. No sabes que Dios te confió con ese dinero (todo lo que queda después de comprar lo necesario para tu familia) para alimentar al pobre, vestir al desnudo, ayudar al extranjero, a la viuda, al huérfano; y ciertamente, hasta donde llegue, para aliviar las necesidades de la humanidad.”[Danger of increasing riches, VII p. 362]

Para dejar esto claro, Wesley mantiene que me debo considerar a mí mismo como otro pobre más:

“Puedes considerarte a tí mismo como alguien en cuyas manos el Dueño del cielo y de la tierra y todo cuanto en ellos hay, ha confiado una parte de sus bienes para que se administren de acuerdo con sus instrucciones. Y sus instrucciones son que debes verte a tí mismo como alguien más entre los indigentes cuyas necesidades deben ser atendidas con esa porción de los bienes que te fueron confiados.”[The more excellent way, VII p. 36]

La perspectiva de Wesley sobre esto es que somos mayordomos de Dios y del pobre, y que de todo lo que tenemos, lo que sobra de lo necesario para la vida y la salud propias y de la familia, debe ser dado a los pobres.

En esto se hace eco de la tradición de la iglesia. Basilio, que fue uno de los autores de la doctrina de la trinidad, y que escribió el primer tratado sobre la doctrina del Espíritu Santo en el siglo IV, escribió lo siguiente:

“¿Qué es un avaro? Alguien que no está contento con lo que es necesario. ¿Qué es un ladrón? Alguien que toma lo que pertenece a otros. Entonces ¿por qué no te consideras a ti mismo como un avaro y un ladrón cuando dices que es tuyo lo que solamente has recibido en depósito? Si alguien que toma la ropa de otro es llamado ladrón, ¿por qué dar cualquier otro nombre a quien puede vestir al desnudo y se rehusa a hacerlo? El pan que guardas le pertenece al pobre, la capa que escondes en tu pecho

le pertenecen al desnudo; los zapatos que se pudren en tu casa pertenecen a los que van descalzos.”⁹

De manera similar Ambrosio, en el siglo IV, en latín, decía:

“Cuando le das al pobre, no das de lo tuyo, sino simplemente le devuelves lo que le pertenece, lo que es de él, porque has tomado lo que es de todos y ha sido dado para el uso común de todos. La tierra pertenece a todos, no solamente al rico; y aún así quienes están privados de su uso son muchos más que aquellos que la disfrutaban.”¹⁰

En esta devolución hacia el pobre y esta mayordomía para el empobrecido es esencial que entendamos que no es una cuestión de dar bondadosamente de nuestra abundancia, sino de devolver a nuestro prójimo lo que Dios desde el principio intentó que fuera para él.

Nosotros en las iglesias debemos confesar que hemos convertido la perspectiva bíblica y wesleyana de la mayordomía en lemas para recolectar dinero que apoyan a las instituciones de clase media. Se debe confesar esto como un desvío de los recursos para los necesitados y sólo para apoyar nuestra auto-preocupación institucional.

Se debe desafiar a los prósperos de las naciones pobres y ricas a que consideren su riqueza no como un resultado de buena fortuna ni como una recompensa de la benevolente e invisible mano del mercado; sino como un solemne depósito que lleva la responsabilidad de ver que los miembros más vulnerables de la sociedad tengan asegurados los medios para una vida digna. Donde no se cumpla esta responsabilidad, la adquisición de riquezas se debe considerar como un robo que lleva la sangre de los muertos por la pobreza y que, por lo tanto, también lleva la maldición de Dios.

9. Las formas específicas de dar poder al pobre se convierten en atributos distintivos de la obra del pueblo llamado metodista.

Aunque Wesley se comprometió a distribuir entre los pobres la considerable ganancia que obtenía por la venta de sus libros y por prácticas que llamó “mendigar para los pobres” (que consistía en

⁹ Citado en Justo L. González, Faith and wealth: A history of early christian ideas on the origin, significance and use of money. Harper & Row, NY, 1990. p. 178.

¹⁰ Ibid p. 191

solicitar a los prósperos lo que los pobres necesitaban), sin embargo, esto no constituyó toda su labor en favor de ellos.

Más bien buscó desarrollar instrumentos por medio de los cuales los pobres pudieran escapar de su predicamento. Así estableció un mini banco para hacer pequeños préstamos y que la gente pudiera comprar las herramientas que necesitaba para establecer su propio negocio (y ser autosustentable).

También fundó clínicas médicas gratuitas para atender a los enfermos, y su libro más vendido fue uno sobre remedios naturales (con hierbas), que capacitaba a los pobres para mejorar su salud sin recurrir a los establecimientos médicos y a la naciente industria farmacéutica, a los que consideró que lucraban con la necesidad el pobre.

En el desarrollo de sus propias agrupaciones y sociedades le dio a los desempleados como también a los pobres que ya tenían un trabajo, un nuevo sentido de responsabilidad y los alentó en sus esfuerzos por educarse. El “movimiento de la Escuela Dominical” comenzó como un instrumento para promover la alfabetización y así alentarlos a ser autosuficientes.

En nuestro tiempo el movimiento para establecer bancos que proveen microcréditos (que dan pequeños préstamos a la gente y que así se la capacita para comenzar su propio negocio) ya ha alcanzado a millones de pobres en el mundo. En especial, que las habilitaron para escapar de la impotencia y dependencia. Apoyar a estas instituciones es una necesidad urgente hoy en día.

También, el desarrollo de cuidados médicos accesibles es algo esencial para que los pobres puedan atender a sus enfermedades como también prevenirlas. Con frecuencia, las compañías multinacionales desarrollan medicinas que se venden a precios exorbitantes y que están lejos de las posibilidades de las naciones necesitadas. Estas ganancias están protegidas por los derechos internacionales de las patentes que impiden la fabricación y desarrollo de sustitutos genéricos o remedios más baratos. Además, la investigación está dirigida hacia lo que el rico puede pagar en lugar de pensar en lo que las masas pobres necesitan.

Se salvarían más vidas proveyendo agua potable e higiene básica, que con cualquier combinación de drogas y de procedimientos médicos que se hayan inventado. Y aun así cientos de millones de personas carecen de esto que es la estructura más básica.

Cada vez más se reconoce que la explosión demográfica de la tierra se podrá contener cuando las mujeres tengan más opciones para sus vidas y el poder para tomar sus propias decisiones. Y para ello, es esencial extender la alfabetización y la educación básica.

De la misma manera que en la época de Wesley, hoy son esenciales los programas concretos que habiliten a los pobres para ayudarse a sí mismos, si es que van a escapar de los círculos viciosos de pobreza que amenazan a las crecientes multitudes de nuestro planeta.

10. El compromiso con los pobres también toma la forma de una específica crítica a las formas de explotación implícitas en la economía global.

Wesley continuó con la tradición profética al exponer las maneras en que los pobres eran violados por las prácticas económicas injustas. En su sermón sobre “El uso del dinero”, advirtió sobre el ganar riquezas explotando a los pobres. Esta es la base de su denuncia a quienes sacaban provecho de las destilerías de bebidas alcohólicas:

“¿Y cuál es su ganancia? ¿No es la sangre de estas personas? ¿Quién entonces envidiaría sus grandes propiedades y suntuosos palacios? Hay una maldición en medio de ellos: ¡la maldición de Dios adherida a sus piedras, a sus maderas, a sus muebles!, ¡la maldición de Dios está en sus jardines, en sus senderos, en sus arboledas; un fuego que calcina al más profundo infierno! Sangre, sangre hay allí: ¡los cimientos, el piso, los muros, el techo, todo está manchado con sangre! ¿Y puedes esperar, oh tú hombre sanguinario, aunque estés ‘vestido con escarlata y lino fino y hagas banquetes con esplendidez todos los días’, puedes esperar dar en herencia tus campos de sangre a la tercera generación? De ninguna manera, porque hay un Dios en el cielo: por lo tanto tu nombre pronto será borrado.” [The use of money, VI, p. 129]

Al argumento de que ciertas formas de comercio eran especialmente lucrativas y por lo tanto mejoraban la posición económica de la nación, contestaba:

“La riqueza no es necesaria para la gloria de una nación; sino la sabiduría, la virtud, la justicia, la misericordia, el espíritu de servicio público, el amor al país propio. Esto es lo necesario para la gloria real de una nación; pero no lo es la abundancia de riquezas.” [Thoughts upon slavery, XI, p. 73]

Wesley era despiadado en su crítica sobre las formas domésticas de explotación, ya sea a manos de comerciantes, doctores, abogados, o destiladores. Pero no se restringió a la economía doméstica. También se refirió a los dos pilares de la riqueza británica: el tráfico de

esclavos y la explotación colonial de la India. Es muy conocida su oposición tanto a la esclavitud como a la brutal dominación de las “Indias del Este”. De hecho, une a las dos en su reflexión sobre la “rebelión” de las colonias inglesas de América del Norte. Dijo:

“Al ser castigados por la espada, no es improbable que se deba a uno de los principales pecados de nuestra nación que es la sangre que hemos regado en Asia, África y América. Aquí ruego por su seria atención mientras observo que sin importar qué tan ampliamente se lleve a cabo, y qué tan prolongada sea, no obstante el tráfico de esclavos africanos es inicuo desde el principio al final. ¡Es el precio de la sangre! ¡Es el comercio de sangre que ha manchado nuestra tierra con sangre!” [Seasonable address to the inhabitants of Great Britain, XI, p. 125]

Y Wesley ve que este tráfico de esclavos está muy unido a la política colonizadora en la India:

“¿Y acaso el comerciante de las Indias del Este es mejor? Me temo que no. Estos parecen estar cercanamente conectados. Porque aunque este último no lleva a la cautividad, como en la anterior [la esclavitud africana], aún así la refinada iniquidad que se practica al fomentar la guerra entre los nativos, y luego atacar al jefe de los ladrones, ha sido muy notorio a los observadores serios y atentos. ¡Cuántos millones han caído por estos medios, tanto como por la hambruna artificial! Oh tierra, ¡no cubras su sangre, porque hablará a los cielos y a los habitantes de la tierra hasta la posteridad!” [Ibid. XI, 125-126]

Aunque la mayoría de los metodistas posteriores abandonaron la crítica profética de Wesley sobre las estructuras económicas domésticas y globales, sigue existiendo una minoría profética entre el pueblo llamado metodista que no ha tenido miedo de defender la causa de los vulnerables y violados en contra de los principados y poderes del mercado.

Aunque se abolió la esclavitud y el colonialismo de los siglos XVIII y XIX ha sido aparentemente descartado, todavía hay naciones e instituciones internacionales que perpetúan la esclavitud a la deuda externa y la explotación de las empobrecidas masas.

Es esencial que el pueblo llamado metodista sea conciente –como Wesley lo fue en su tiempo– de que determinados acuerdos comerciales y las ganancias exorbitantes dan como resultado el empobrecimiento y miseria de cientos de millones de personas, y la muerte de tantos otros cada año. Esto es algo que no se puede abandonar simplemente a la consideración de las instituciones

seculares, porque hemos sido llamados para ser voces proféticas que desenmascaren a los ídolos del mercado y para exponer los mecanismos de injusticia.

La constante insistencia en el libre mercado, sin consideración sobre las condiciones de los trabajadores, o de la protección del medio ambiente, sirve para que ciertas naciones sean más ricas y debilita a las sociedades y poblaciones pobres.

Hay personas de buena voluntad que lamentan el empobrecimiento y la violencia que padecen las naciones de África Central pero pocas veces reconocen que el enriquecimiento del actual “primer mundo” fue construido en base a la esclavitud y al colonialismo, o sigue dependiendo de la extracción de oro, petróleo y otros materiales primarios de África, sin que importe el bienestar de la gente de ese continente. Tampoco hay conciencia de las ganancias que obtienen los traficantes de armas que fomentan resentimientos y luchas entre pueblos hermanos de la misma manera que lo hacían los traficantes de esclavos que provocaban las guerras tribales para apoderarse de más esclavos.

11. El pueblo llamado metodista es ahora un pueblo global, y como tal se le da la oportunidad de formar una red global de solidaridad en donde el sufrimiento y el regocijo de otros sea parte de la experiencia de todo el cuerpo.

Pablo llamó a sus congregaciones para que se regocijaron con los que gozaban, y lloraran con los que sufrían. Y Pablo se regocijó con la solidaridad que se mostró entre sus propias congregaciones, y ellas con las congregaciones judeo-cristianas en Jerusalén. El autor de Efesios podía apuntar a la unidad de “quienes están cerca” y de “quienes están lejos” como la señal decisiva del triunfo de Dios sobre las fuerzas de división y dominación. La interconexión de pueblos de distintas culturas, naciones y circunstancias es la prueba visible de la verdad del Evangelio.

El pueblo llamado metodista ha desarrollado diferentes maneras de estar “conectados” el uno con el otro. Y hemos crecido tanto que cubrimos el globo terráqueo.

En esta era de poderosas compañías e instituciones transnacionales que buscan promover los intereses de los ricos y poderosos, es esencial que también existan redes de empatía, de proximidad, de hermandad y donde los intereses de los “más pequeños” se puedan compartir, escuchar y responder. La iglesia puede convertirse en esta red de cuidado que no permite que los dolores y gozos del prójimo se

ahoguen en “*infotainment*”¹¹. La iglesia tiene la misión especial de convertirse en lugares en los que se desarrolle la verdadera *koinonía* atravesando barreras culturales, de clase y continentales.

Pero esto significa que las iglesias más prósperas tienen una obligación especial para escuchar y aprender de quienes están más cerca del sufrimiento. Las iglesias prósperas deben renunciar al orgullo y arrogancia que las hace pensar que siempre pueden instruir a las iglesias hermanas más jóvenes y pobres. Porque, en verdad, las llamadas iglesias del tercer mundo tienen mucho que enseñar a las iglesias más prósperas y establecidas con respecto a esa fe que persevera incluso en medio del sufrimiento, y les pueden enseñar lo que significa regocijarse en la esperanza aun en medio de la adversidad. Esto significa, por un lado, compartir la abundancia material. Por el otro, la riqueza espiritual [2 Corintios 8:2, 14]. De esta manera, se nutre la mutualidad y no la dependencia, y el mundo puede presenciar un anticipo de la shalom de Dios.

12. La meta de la economía no es la producción, la acumulación, o el consumo, sino la anticipación de la shalom divina en la que donde los seres humanos están en comunidad el uno con el otro, con toda la naturaleza, y con el Uno que ha creado todo y quiere ser todo en todos.

Una y otra vez, el testimonio bíblico nos señala la meta de la misión divina como el horizonte de nuestra vida. La historia de la creación [Gn. 1:1 - 2:3] termina con el descanso y regocijo divino al que todos estamos invitados. Los profetas señalan a Israel el fin del sufrimiento y la lucha, y la creación del shalom en el que todos podrán vivir seguros, en justicia el uno con el otro, y en armonía con la tierra y todas las criaturas. En el Nuevo Testamento, Jesús anuncia la llegada del reino divino de justicia, generosidad y gozo, y nos llama a vivir de acuerdo con esa realidad más que con los valores mundanos de exclusión y autopreocupación. Pablo coloca la transformación –por la gracia– de nuestras vidas, en el contexto de la renovación de toda la creación como un anticipo del nuevo cielo y la nueva tierra.

Uno de los rasgos característicos de la teología más tardía de Wesley es la de la restauración de todas las cosas. Él ya preveía anticipar la sanidad de la tierra, sus montañas y sus ríos, la redención del sufrimiento de todos los animales tanto domésticos como silvestres, y todo como parte de la meta divina de la nueva creación.

¹¹ Neologismo creado por el autor para unir los conceptos “información” y “entretenimiento”.

La economía es una de las maneras más básicas que tenemos de relacionarnos unos con otros y con la tierra. Como tal, también es una de las áreas más cruciales para relacionarnos con el Uno que es creador y redentor de toda la humanidad y de toda la tierra. De ninguna manera nuestras relaciones económicas son un fin en sí mismas, y todavía menos algo separado de la práctica de la fe.

La manera en que nos relacionamos con la tierra y el uno con el otro en el trabajo y la producción, en la compra y venta, en el ahorro y el gasto, debe ser un anticipo de lo que hemos aprendido a esperar en base a la divina promesa.

La meta de nuestra actividad económica es la gran fiesta a la que toda la humanidad y toda la creación está invitada, es el fin del sufrimiento y la ansiedad, es compartir la vida, el amor y gozar el uno con el otro, y con el Uno que nos ha creado, y que incluso ahora llama al mundo a una Nueva Creación.

Por lo tanto, la medida de cualquier economía debe ser la calidad de vida que proporciona a las personas, y a toda la creación, de manera tal que se pueda compartir el descanso y recreación divina que es nuestro destino común.

Índice

A modo de presentación

Capítulo 1.

La doctrina wesleyana de la santificación

Capítulo 2

La Misión en clave wesleyana

Capítulo 3

La Cosmovisión de Juan Wesley

Capítulo 4

Desafíos para la teología wesleyana

Capítulo 5

Principios bíblicos y wesleyanos para la
justicia económica global